865R523
Od1923

RIVAS, ÁNGEL PEREZ DE
SAAVEDRA RAMIREZ DE
MADRID DE BAQUEDANO, 3
DUQUE DE.
DON ÁLVARO.

The person charging this material is responsible for its return on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

MAR 16 1972

SEP 20 1974

SEP 24 1974

OCT 14 1977

MAY 6 1980

JUN 3 1980

MAY 17 1980

MAR 24 1988

L161—O-1096

G.H. Fitz-Gerald ΘΥΩ-ΦΔΓ-ΚΦΣ

DON ÁLVARO

O

LA FUERZA DEL SINO

DRAMA ORIGINAL

EN CINCO JORNADAS EN PROSA Y VERSO

DE

Don Angel de Saavedra

DUQUE DE RIVAS

Este drama se estrenó en Madrid en el *Teatro del Príncipe* la noche del 22 de Marzo de 1835, con éxito extraordinario

MADRID
J. MORALES, IMPRESOR, VINAROZ, 8
1923

DON ALVARO

O

LA FUERZA DEL SINO

DON ÁLVARO

o

LA FUERZA DEL SINO

DRAMA ORIGINAL

EN CINCO JORNADAS EN PROSA Y VERSO

DE

Don Angel de Saavedra

DUQUE DE RIVAS

Este drama se estrenó en Madrid en el *Teatro del Príncipe* la noche del 22 de Marzo de 1835, con éxito extraordinario

MADRID

J. Morales, Impresor, Vinaroz, 8

1923

Esta obra es propiedad del Duque de Rivas, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con los cuales haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction rèservès pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

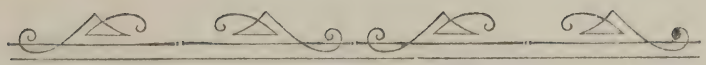
16 ER 523
Od 1923

PERSONAJES

Don Alvaro.
El Marqués de Calatrava.
Don Carlos de Vargas, su hijo.
Don Alfonso de Vargas, ídem
Doña Leonor, ídem.
Curra, criada.
Preciosilla, gitana.
Un Canónigo.
El Padre Guardián del convento de los Angeles.
El Hermano Melitón, portero del mismo.
Pedraza y otros oficiales.
Un Cirujano de Ejército
Un Capellán de Regimiento.
Un Alcalde.
Un Estudiante.
Un Majo.
Mesonero.
Mesonera.
La Moza del mesón.
El Tío Trabuco, arriero.
El Tío Paco, aguador.
El Capitán preboste.
Un Sargento.
Un Ordenanza a caballo.
Dos habitantes de Sevilla.
Soldados españoles, Arrieros, Lugareños y Lugareñas.

Los trajes son los que se usaban a mediados del siglo pasado

En este drama desempeñaron los principales papeles la señora Concepción Rodríguez y los señores Luna, Romea, López, Guzmán, etc.



JORNADA PRIMERA

LA ESCENA ES EN SEVILLA Y SUS ALREDEDORES

La escena representa la entrada del antiguo puente de barcas de Triana, el que estará practicable a la derecha. En primer término, al mismo lado, un aguaducho o barraca de tablas y lonas, con un letrero que diga: *Agua de Tomares;* dentro habrá un mostrador rústico con cuatro grandes cántaros, macetas de flores, vasos, un anafre con una cafetera de hoja de lata y una bandeja con azucarillos. Delante del aguaducho habrá bancos de pino. Al fondo se descubrirá de lejos parte del arrabal de Triana, la Huerta de los Remedios, con sus altos cipreses, el río y varios barcos en él, con flámulas y gallardetes. A la izquierda se verá en lontananza la Alameda. Varios habitantes de Sevilla cruzarán en todas direcciones durante la escena. El cielo demostrará el ponerse el sol en una tarde de Julio, y al descorrerse el telón aparecerán: EL TIO PACO detrás del mostrador, en mangas de camisa; EL OFICIAL bebiendo un vaso de agua y de pie; PRECIOSILLA a su lado, templando una guitarra; EL MAJO y los DOS HABITANTES DE SEVILLA sentados en los bancos.

ESCENA PRIMERA

OFICIAL. Vamos, Preciosilla, cántanos la rondeña. Pronto, pronto; ya está bien templada.

PRECIOSILLA. Señorito, no sea su merced tan súpito. Deme antes esa mano, y le diré la buenaventura.

OFICIAL. Quita, que no quiero tus zalamerías. Aunque efectivamente tuvieras la habilidad de decirme lo que me ha de suceder, no quisiera oírtelo... Sí, casi siempre conviene el ignorarlo.

MAJO. (*Levantándose.*) Pues yo quiero que me diga la buenaventura esta prenda. He aquí mi mano.

PRECIOSILLA. Retire usted allá esa porquería... Jesús, ni verla quiero, no sea que se encele aquella niña de los ojos grandes.

MAJO. (*Sentándose.*) ¡Qué se ha de encelar de ti, pendón!

PRECIOSILLA. Vaya, saleroso, no se cargue usted de esfera, convídeme a alguna cosita.

MAJO. Tío Paco, dele usted un vaso de agua a esta criatura, por mi cuenta.

PRECIOSILLA. ¿Y con panal?

OFICIAL. Sí, y después que te refresques el garguero y que te endulces la boca, nos cantarás las corraleras. (*El aguador sirve un vaso de agua con panal a Preciosilla, y el Oficial se sienta junto al Majo.*)

HABITANTE 1.º ¡Hola! Aquí viene el señor canónigo.

ESCENA II

CANÓNIGO. Buenas tardes, caballeros.

HABITANTE 2.º Temíamos no tener la dicha de ver a su meced esta tarde, señor canónigo.

CANÓNIGO. (*Sentándose y limpiándose el sudor.*) ¿Qué persona de buen gusto, viviendo en Sevilla, puede dejar de venir todas las tardes de verano a beber la deliciosa agua de Tomares, que con tanta limpieza y pulcritud nos da el tío Paco, y a ver un ratito este puente de Triana, que es lo mejor del mundo?

HABITANTE 1.º Como ya se está poniendo el sol...

CANÓNIGO. Tío Paco, un vasito de la fresca.

TÍO PACO. Está usía muy sudado; en descansando un poquito le daré el refrigerio.

MAJO. Dale a su señoría agua templada.

CANÓNIGO. No, que hace mucho calor.

MAJO. Pues yo templada la he bebido, para tener el pecho suave y poder entonar el rosario por el barrio de la Borcinería, que a mí me toca esta noche.

OFICIAL. Para suavizar el pecho, mejor es un trago de aguardiente.

MAJO. El aguardiente es bueno para sosegarlo después de haber cantado la letanía.

OFICIAL. Yo lo tomo antes y después de mandar el ejercicio.

PRECIOSILLA. (*Habrá estado punteando la guitarra y dirá al Majo:*) Oiga usted, rumboso, ¿y cantará usted esta noche la letanía delante del balcón de aquella persona...?

CANÓNIGO. Las cosas santas, se han de tratar santamente. Vamos. ¿Y qué tal los toros de ayer?

MAJO. El toro berrendo de Utrera, salió un buen bicho, muy pegajoso... Demasiado.

HABITANTE 1.º Como que se me figura que le tuvo usted asco.

MAJO. Compadre, alto allá, que yo soy muy duro de estómago... Aquí está mi capa (*Enseña un desgarrón.*) diciendo por esta boca que no anduvo muy lejos.

HABITANTE 2.º No fué la corrida tan buena como la anterior.

PRECIOSILLA. Como que ha faltado en ella don Alvaro, el indiano, que a caballo y a pie es el mejor torero que tiene España.

MAJO. Es verdad que es todo un hombre, muy duro con el ganado y muy echado adelante.

PRECIOSILLA. Y muy buen mozo.

HABITANTE 1.º ¿Y por qué no se presentaría ayer en la plaza?

OFICIAL. Harto tenía que hacer con estarse llorando el mal fin de sus amores.

MAJO. Pues qué, ¿lo ha plantado ya la hija del señor Marqués...?

OFICIAL. No, doña Leonor no lo ha plantado a él, pero el Marqués la ha trasplantado a ella.

HABITANTE 2.º ¿Cómo...?

HABITANTE 1.º Amigo, el señor Marqués de Calatrava tiene mucho copete y sobrada vanidad para permitir que un advenedizo sea su yerno.

OFICIAL. ¿Y qué más podía apetecer su señoría que el ver casada a su hija (que con todos sus pergaminos está muerta de hambre) con un hombre riquísimo, y cuyos modales están pregonando que es un caballero?

PRECIOSILLA. ¡Si los señores de Sevilla son vanidad y pobreza, todo en una pieza! Don Alvaro es digno de ser marido de un emperadora... ¡Qué gallardo...! ¡Qué formal y que generoso...! Hace pocos días que le dije la buenaventura (y por cierto no es buena la que le espera, si las rayas de la mano no mienten), y me dió una onza de oro como un sol de mediodía.

TÍO PACO. Cuantas veces viene aquí a beber, me pone sobre el mostrador una peseta columnaria

MAJO. ¡Y vaya un hombre valiente! Cuando en la Alameda Vieja le salieron aquella noche los siete

hombres más duros que tiene Sevilla, metió mano y me los acorraló a todos contra las tapias del picadero.

OFICIAL. Y en el desafío que tuvo con el capitán de artillería se portó como un caballero.

PRECIOSILLA. El Marqués de Calatrava es un vejete tan ruín, que por no aflojar la mosca, y por no gastar...

OFICIAL. Lo que debía hacer don Alvaro era darle una paliza que...

CANÓNIGO. Paso, paso, señor militar. Los padres tienen derecho de casar a sus hijas con quien les convenga.

OFICIAL. ¿Y por qué no le ha de convenir don Alvaro? ¿Porque no ha nacido en Sevilla...? Fuera de Sevilla nacen también caballeros.

CANÓNIGO. Fuera de Sevilla nacen también caballeros, sí señor; pero... ¿lo es don Alvaro...? Sólo sabemos que ha venido de Indias hace dos meses, y que ha traído dos negros y mucho dinero... ¿Pero quién es...?

HABITANTE 1.º Se dicen tantas y tales cosas de él...

HABITANTE 2.º Es un ente muy misterioso.

TÍO PACO. La otra tarde estuvieron aquí unos señores hablando de lo mismo, y uno de ellos dijo que el tal don Alvaro había hecho sus riquezas siendo pirata...

MAJO. ¡Jesucristo!

TÍO PACO. Y otro, que don Alvaro era hijo bastardo de un grande de España y de una reina mora...

OFICIAL. ¡Qué disparate!

TÍO PACO. Y luego dijeron que no, que era... no lo puedo declarar... finca... o brinca... una cosa así... así como... una cosa muy grande allá de la otra banda.

OFICIAL. ¿Inca?

TÍO PACO. Sí, señor, eso. Inca... Inca.

CANÓNIGO. Calle usted, tío Paco, no diga sandeces.

TÍO PACO. Yo nada digo, ni me meto en honduras; para mí cada uno es hijo de sus obras, y en siendo buen cristiano y caritativo...

PRECIOSILLA. Y generoso y galán.

OFICIAL. El vejete roñoso del Marqués de Calatrava hace muy mal en negarle su hija.

CANÓNIGO. Señor militar, el señor Marqués hace muy bien. El caso es sencillísimo. Don Alvaro llegó hace dos meses; nadie sabe quién es. Ha pedido el casamiento a doña Leonor, y el Marqués, no juzgándolo buen partido para su hija, se la ha negado. Parece que la señorita estaba encaprichadilla, fascinada, y el padre la ha llevado al campo, a la hacienda que tiene en el Aljarafe, para distraerla. En todo lo cual el señor Marqués se ha portado como persona prudente.

OFICIAL. ¿Y don Alvaro, qué hará?

CANÓNIGO. Para acertarlo debe buscar otra novia; porque si insiste en sus descabelladas pretensiones, se expone a que los hijos del señor Marqués vengan, el uno de la Universidad, y el otro del regimiento, a sacarle de los cascos los amores de doña Leonor.

OFICIAL. Muy partidario soy de don Alvaro, aunque no le he hablado en mi vida, y sentiría verlo empeñado en un lance con don Carlos, el hijo mayorazgo del Marqués. Le he visto el mes pasado en Barcelona, y he oído contar los dos últimos desafíos que ha tenido ya, y se le puede ayunar.

CANÓNIGO. Es uno de los oficiales más valientes del regimiento de Guardias Españolas, donde no se chancea en esto de lances de honor.

HABITANTE 1.º Pues el hijo segundo del señor Marqués, el don Alfonso, no le va en zaga. Mi primo, que acaba de llegar de Salamanca, me ha dicho que es el coco de la Universidad, más espadachín que estudiante; y que tiene metidos en un puño a los matones sopistas.

MAJO. ¿Y desde cuándo está fuera de Sevilla la señorita doña Leonor?

OFICIAL. Hace cuatro días que se la llevó el padre a su hacienda, sacándola de aquí a las cinco de la mañana, después de haber estado toda la noche hecha la casa un infierno.

PRECIOSILLA. ¡Pobre niña...! ¡Qué linda que es y qué salada...! Negra suerte le espera... Mi madre le dijo la buenaventura, reciennacida, y siempre que la nombra se le saltan las lágrimas... Pues el generoso don Alvaro...

HABITANTE 1.º En nombrando el ruín de Roma, luego asoma...; allí viene don Alvaro.

ESCENA III

Empieza a anochecer, y se va obscureciendo el teatro. DON ALVARO sale embozado en una capa de seda, con un gran sombrero blanco, botines y espuelas; cruza lentamente la escena mirando con dignidad y melancolía a todos lados, y se va por el puente. Todos lo observan en gran silencio.

ESCENA IV

MAJO. ¿A dónde irá a estas horas?

CANÓNIGO. A tomar el fresco al Altozano.

TÍO PACO. Dios vaya con él.

MILITAR. ¿A que va al Aljarafe?

TÍO PACO. Yo no sé, pero como estoy siempre aquí de día y de noche, soy un vigilante centinela de cuanto pasa por este puente... Hace tres días que a media tarde pasa por ella hacia allá un negro con dos caballos de mano, y que don Alvaro pasa a estas horas; y luego, a las cinco de la mañana, vuelve a pasar hacia acá, siempre a pie, y como media hora después, pasa el negro con los mismos caballos llenos de polvo y de sudor.

CANÓNIGO. ¿Cómo...? ¿Qué me cuenta usted, tío Paco...?

TÍO PACO. Yo nada, digo lo que he visto; y esta tarde ya ha pasado el negro, y hoy no lleva dos caballos, sino tres.

HABITANTE 1.º Lo que es atravesar el puente hacia allá a estas horas, he visto yo a don Alvaro tres tardes seguidas.

MAJO. Y yo le he visto ayer a la salida de Triana al negro con los caballos.

HABITANTE 2.º Y anoche, viniendo yo de San Juan de Alfarache, me paré enmedio del olivar a apretar las cinchas a mi caballo, y pasó a mi lado, sin verme y a escape, don Alvaro, como alma que llevan los demonios, y detrás iba el negro. Los conocí por la jaca torda, que no se puede despintar... ¡Cada relámpago que daban las herraduras...!

CANÓNIGO. (*Levantándose y aparte.*) ¡Hola! ¡hola...! Preciso es dar aviso al señor Marqués.

MILITAR. Me alegrara de que la niña traspusiese una noche con su amante, y dejara al vejete pelándose las barbas.

CANÓNIGO. Buenas noches, caballeros; me voy, que empieza a ser tarde. (*Aparte y yéndose.*) Sería faltar a la amistad no avisar al instante al Marqués de que don Alvaro le ronda la hacienda. Tal vez podemos evitar una desgracia.

ESCENA V

El teatro representa una sala colgada de damasco, con retratos de familia, escudos de armas y los adornos que se estilaban en el siglo pasado, pero todo deteriorado, y habrá dos balcones, uno cerrado y otro abierto y practicable, por el que se verá un cielo puro, iluminado por la luna, y algunas copas de árboles. Se pondrá en medio una mesa con tapete de damasco, y sobre ella habrá una guitarra, vasos chinescos con flores, y dos candeleros de plata con velas, únicas luces que alumbrarán la escena. Junto a la mesa habrá un sillón. Por la izquierda entrará el MARQUES DE CALATRAVA con una palmatoria en la mano, y detrás de él DOÑA LEONOR. y por la derecha entra la criada.

MARQUÉS. (*Abrazando y besando a su hija.*)
Buenas noches, hija mía;
hágate una santa el cielo.
Adiós, mi amor, mi consuelo,
mi esperanza, mi alegría.
No dirás que no es galán
tu padre. No descansara
si hasta aquí no te alumbrara
todas las noches... Están
abiertos estos balcones, (*Los cierra.*)
y entra relente... Leonor...
¿Nada me dice tu amor?
¿Por qué tan triste te pones?

D.ª LEONOR. (*Abatida y turbada.*)
Buenas noches, padre mío.

MARQUÉS. Allá para Navidad
iremos a la ciudad,
cuando empiece el tiempo frío,
y para entonces traeremos
al estudiante, y también

al capitán. Que les den
permiso a los dos haremos.
¿No tienes gran impaciencia
por abrazarlos?

D.ª LEONOR. ¿Pues no?
¿Qué más puedo anhelar yo?

MARQUÉS. Los dos lograrán licencia.
Ambos tienen mano franca,
condición que les abona,
y Carlos, de Barcelona,
y Alfonso, de Salamanca,
ricos presentes te harán.
Escríbeles tú, tontilla,
y algo que no haya en Sevilla,
pídeles y lo traerán.

D.ª LEONOR. Dejarlo será mejor
a su gusto delicado.

MARQUÉS. Lo tienen, y muy sobrado;
como tu quieras, Leonor.

CURRA. Si como a usted, señorita,
carta blanca se me diera,
a don Carlos le pidiera
alguna bata bonita
de Francia. Y una cadena
con su broche de diamante
al señorito estudiante,
que en Madrid la hallará buena.

MARQUÉS. Lo que gustes, hija mía.
Sabes que el ídolo eres
de tu padre... ¿No me quieres?
(*La abraza y besa tiernamente.*)

D.ª LEONOR. ¡Padre...! ¡Señor...! (*Afligida.*)

MARQUÉS La alegría
vuelva a tí, prenda del alma;
piensa que tu padre soy,
y que de continuo estoy
soñando tu bien... La calma
recobra, niña... En verdad
desde que estamos aquí
estoy contento de tí.
Veo la tranquilidad
que con la campestre vida

va renaciendo en tu pecho,
y me tienes satisfecho;
sí, lo estoy mucho, querida.
Ya se me ha olvidado todo;
eres muchacha obediente,
y yo seré diligente
en darte un buen acomodo.
Sí, mi vida... ¿Quién mejor
sabrá lo que te conviene,
que un tierno padre, que tiene
por tí el delirio mayor?

D.ª LEONOR. (*Echándose en brazos de su padre con gran desconsuelo.*)
¡Padre amado...! ¡Padre mío...!

MARQUÉS. Basta, basta... ¿Qué te agita?
(*Con gran ternura.*)
Yo te adoro, Leonorcita;
No llores... ¡Qué desvarío!

D.ª LEONOR. ¡Padre...! ¡Padre!

MARQUÉS. (*Acariciándola y desasiéndose de sus brazos.*)
Adiós, mi bien.
A dormir, y no lloremos,
tus cariñosos extremos
el cielo bendiga, amén.
(*Vase el Marqués, y queda Leonor muy abatida y llorosa sentada en el sillón.*)

ESCENA VI

(*Curra va detrás del marqués, cierra la puerta por donde aquél se ha ido, y vuelve cerca de Leonor.*)

CURRA. ¡Gracias a Dios...! Me temí
que todito se enredase,
y que señor se quedase
hasta la mañana aquí.
¡Qué listo cerró el balcón...!
que por el del palomar
vamos las dos a volar,
le dijo su corazón.
Abrirlo sea lo primero; (*Abrelo.*)
ahora lo segundo es

cerrar las maletas. Pues
salgan ya de su agujero.

(*Saca Curra unas maletas y ropa y se pone a arreglar todo, sin que en ello repare doña Leonor.*)

D.ª LEONOR. ¡Infeliz de mí...! ¡Dios mío!
¿Por qué un amoroso padre,
que por mí tanto desvelo
tiene, y cariño tan grande,
se ha de oponer tenazmente
(¡Ay, el alma se me aparte...!)
a que yo dichosa sea,
y pueda feliz llamarme...?
¿Cómo, quien tanto me quiere,
puede tan crüel mostrarse?
Más dulce mi suerte fuera
si aún me viviera mi madre.

CURRA. ¿Si viviera la señora...?
Usted está delirante.
Más vana que Señor era;
Señor al cabo es un ángel.
¡Pero ella...! Un genio tenía
y un copete... Dios nos guarde.
Los señores de esta tierra
son todos de un mismo talle.
Y si alguna señorita
busca un novio que le cuadre,
como no esté en pergaminos
envuelto, levantan tales
alaridos... ¿Mas qué importa
cuando hay decisión bastante...?
Pero no perdamos tiempo;
venga usted, venga a ayudarme,
porque yo no puedo sola...

D.ª LEONOR. ¡Ay, Curra...! ¡Si penetrases
cómo tengo el alma! Fuerza
me falta hasta para alzarme
de esta silla... ¡Curra amiga!
Lo confieso, no lo extrañes:
no me resuelvo, imposible...
Es imposible. ¡Ay...! ¡Mi padre!
Sus palabras cariñosas,
sus extremos, sus afanes,

sns besos y sus abrazos,
eran agudos puñales
que el pecho me atravesaban.
Si se queda un sólo instante
no hubiera más resistido...
Ya iba a sus piés a arrojarme,
y confundida, aterrada,
mi proyecto a revelarle;
y a morir, ansiando sólo
que su perdón me acordase.

CURRA. ¡Pues hubiéramos quedado
frescas, y echando un buen lance!
Mañana vería usted
revolcándose en su sangre,
con la tapa de los sesos
levantada, al arrogante,
al enamorado, al noble
Don Alvaro. O arrastrarle
como un malhechor, atado,
por entre estos olivares
a la cárcel de Sevilla;
y allá para Navidades
acaso, acaso en la horca.

D.ª LEONOR. ¡Ay, Curra...! El alma me partes.

CURRA. Y todo esto, señorita,
porque la desgracia grande
tuvo el infeliz de veros,
y necio de enamorarse
de quien no le corresponde,
ni resolución bastante
tiene para...

D.ª LEONOR. Basta, Curra;
no mi pecho despedaces.
¿Yo a su amor no correspondo?
Que le correspondo sabes...
Por él mi casa y familia,
mis hermanos y mi padre
voy a abandonar, y sola...

CURRA. Sola, no, que yo soy alguien,
y también Antonio va,
y nunca en ninguna parte
la dejaremos... ¡Jesús!

D.ª LEONOR. ¿Y mañana?
CURRA. Día grande.
Usted la adorable esposa
será del más adorable,
rico y lindo caballero
que puede en el mundo hallarse,
y yo la mujer de Antonio:
y a ver tierras muy distantes
iremos ambas... ¡Qué bueno!
D.ª LEONOR. ¿Y mi anciano y tierno padre?
CURRA. ¿Quién...? ¿Señor...? Rabiará un poco,
pateará, contará el lance
al Capitán general
con sus pelos y señales;
fastidiará al Asistente
y también a sus compadres
el canónigo, el jurado
y los vejetes maestrantes;
saldrán mil requisitorias
para buscarnos en balde,
cuando nosotras estemos
ya seguritas en Flandes.
Desde allí escribirá usted,
y comenzará a templarse
señor, y a los nueve meses,
cuando sepa hay un infante
que tiene sus mismos ojos,
empezará a consolarse.
Y nosotras chapurrando,
que no nos entienda nadie,
volveremos de allí a poco,
a que con festejos grandes
nos reciban, y todito
será banquetes y bailes.
D.ª LEONOR. ¿Y mis hermanos del alma?
CURRA. ¡Toma!, ¡toma...! Cuando agarren
del generoso cuñado,
uno con que hacer alarde
de vistosos uniformes,
y conque rendir beldades;
y el otro para libracos,
merendonas y truhanes,

reventarán de alegría.

D.ª LEONOR. No corre en tus venas sangre.
¡Jesús y qué cosas tienes!

CURRA. Porque digo las verdades.

D.ª LEONOR. ¡Ay, dedichada de mí!

CURRA. Desdicha por cierto grande,
el ser adorado dueño
del mejor de los galanes.
Pero vamos, señorita,
ayúdeme usted, que es tarde.

D.ª LEONOR. Sí, tarde es, y aún no parece
don Alvaro... ¡Oh, si faltase
esta noche...! ¡Ojalá...! ¡Cielos...!
Que jamás estos umbrales
hubiera pisado, fuera
mejor... No tengo bastante
resolución... Lo confieso.
Es tan duro el alejarse
así de su casa... ¡Ay triste!
(*Mira el reloj y sigue en inquietud.*)
Las doce han dado... ¡Qué tarde
es ya, Curra! No, no viene.
¿Habrá en esos olivares
tenido algún mal encuentro?
Hay siempre en el Aljarafe
tan mala gente... ¿Y Antonio
estará alerta?

CURRA. Indudable
es que está de centinela...

D.ª LEONOR. ¡Curra...! ¿Qué suena...? ¿Escuchaste?
(*Con gran sobresalto.*)

CURRA. Pisadas son de caballos.

D.ª LEONOR. ¡Ay! él es... (*Corre al balcón.*)

CURRA. Si que faltase
era imposible...

D.ª LEONOR. ¡Dios mío! (*Muy agitada.*)

CURRA. Pecho al agua, y adelante.

ESCENA VII

DON ALVARO en cuerpo, con una jaquetilla de mangas perdidas sobre una rica chupa de majo, redecilla, calzón de ante, etc., entra por el balcón y se echa en brazos de LEONOR.

D. ALVARO. (*Con gran vehemencia.*)
¡Angel consolador del alma mía...!
¿Van ya los santos cielos
a dar corona eterna a mis desvelos...?
Me ahoga la alegría...
¿Estamos abrazados
para no vernos nunca separados...?
Antes, antes la muerte,
que de tí separarme y que perderte.

D.ª LEONOR. ¡Don Alvaro! (*Muy agitada.*)

D. ALVARO. Mi bien, mi Dios, mi todo
¿Qué te agita y te turba de tal modo?
¿Te turba el corazón ver que tu amante
se encuentra en este instante
más ufano que el sol...? ¡Prenda adorada!

D.ª LEONOR. Es ya tan tarde...

D. ALVARO. ¿Estabas enojada
porque tardé en venir? De mi retardo
no soy culpado, no; dulce señora;
hace más de una hora
que despechado aguardo
por estos rededores
la ocasión de llegar, y ya temía
que de mi adversa estrella los rigores
hoy deshiciera la esperanza mía.
Mas no, mi bien, mi gloria, mi consuelo;
protege nuestro amor el santo cielo,
y una carrera eterna de ventura,
próvido a nuestras plantas asegura.
El tiempo no perdamos.
¿Está ya todo listo? Vamos, vamos.

CURRA. Sí: bajo del balcón, Antonio, el guarda,
las maletas espera;
las echaré al momento. (*Va hacia el balcón.*)

D.ª LEONOR. (*Resuelta.*) Curra, aguarda,

detente... ¡Ay Dios! ¿No fuera,
don Alvaro, mejor...?

D. ALVARO. ¿Qué, encanto mío...?
¿Por qué tiempo perder? La jaca torda,
la que, cual dices tú, los campos borda,
la que tanto te agrada
por su obediencia y brío,
para tí está, mi dueño, enjaezada.
para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero...
¡Oh, loco estoy de amor y de alegría!
En San Juan de Alfarache, preparado
todo, con gran secreto, lo he dejado.
El sacerdote en el altar espera;
Dios nos bendecirá desde su esfera;
y cuando el nuevo sol en el Oriente,
protector de mi estirpe soberana,
númen eterno en la región indiana,
la regia pompa de su trono ostente,
monarca de la luz, padre del día,
yo tu esposo seré, tú esposa mía.

D.ª LEONOR. Es tan tarde... ¡Don Alvaro!

D. ALVARO. (*A Curra.*) Muchacha,
¿qué te detiene ya? Corre, despacha;
por el balcón esas maletas, luego...

D.ª LEONOR. ¡Curra, Curra, detente! (*Fuera de sí.*)
¡Don Alvaro!

D. ALVARO. ¡Leonor!!!

D.ª LEONOR. ¡Dejadlo os ruego
para mañana!

D. ALVARO. ¿Qué?

D.ª LEONOR. Más fácilmente...

D. ALVARO. (*Demudado y confuso.*)
¿Qué es esto, qué, Leonor? ¿Te falta ahora
resolución...? ¡Ay yo desventurado!

D.ª LEONOR. ¡Don Alvaro! ¡Don Alvaro!!!

D. ALVARO. ¡Señora!

D.ª LEONOR. ¡Ay! Me partís el alma...

D. ALVARO. Destrozado
tengo yo el corazón... ¿Dónde está, dónde,
vuestro amor, vuestro firme juramento?
Mal con vuestra palabra corresponde

tanta irresolución en tal momento.
Tan súbita mudanza...
No os conozco, Leonor. ¿Llevose el viento
de mi delirio toda la esperanza?
Sí; he cegado en el punto
en que alboraba el más risueño día.
Me sacarán difunto
de aquí, cuando inmortal salir creía.
Hechicera engañosa,
¿la perspectiva hermosa
que falaz me ofreciste así deshaces?
¡Pérfida! ¿Te complaces
en levantarme al trono del Eterno
para después hundirme en el infierno...?
¡Sólo me resta ya...!

D.ª LEONOR. (*Echándose en sus brazos.*)
No, no, te adoro.
¡Don Alvaro...! ¡Mi bien...! Vamos, sí, vamos.

D. ALVARO. ¡Oh mi Leonor...!

CURRA. El tiempo no perdamos.

D. ALVARO. ¡Mi encanto! ¡Mi tesoro!

(*Doña Leonor, muy abatida, se apoya en el hombro de don Alvaro, con muestras de desmayarse.*)

Mas, ¿qué es esto? ¡Ay de mí! ¡Tu mano yerta!
me parece la mano de una muerta....
Frío está tu semblante,
como la losa de un sepulcro helado...

D.ª LEONOR. ¡Don Alvaro!

D. ALVARO ¡Leonor! (*Pausa.*) Fuerza bastante
Hay para todo en mí... ¡Desventurado!
La conmoción conozco que te agita,
inocente Leonor. Dios no permita
que por debilidad en tal momento
sigas mis pasos y mi esposa seas.
Renuncio a tu palabra y juramento;
hachas de muerte las nupciales teas
fueran para los dos... Si no me amas,
como yo te amo a ti... Si arrepentida...

D.ª LEONOR. Mi dulce esposo, con el alma y vida
es tuya tu Leonor; mi dicha fundo
en seguirte hasta el fin del ancho mundo.

Vamos; resuelta estoy, fijé mi suerte;
separarnos podrá sólo la muerte.

(*Van hacia el balcón, cuando de repente se oye ruido, ladridos y abrir y cerrar puertas.*)

D.ª LEONOR. ¡Dios mío! ¿Qué ruido es este? ¡Don Alvaro!!!

CURRA. Parece que han abierto la puerta del patio... y la de la escalera...

D.ª LEONOR. ¿Se habrá puesto malo mi padre...?

CURRA. ¡Qué! No, señora; el ruido viene de otra parte.

D.ª LEONOR. ¿Habrá llegado alguno de mis hermanos?

D. ALVARO. Vamos, vamos, Leonor; no perdamos ni un instante. (*Vuelve hacia el balcón, y de repente se ve por él el resplandor de hachones de viento, y se oye galopar caballos.*)

D.ª LEONOR. ¡Somos perdidos...! Estamos descubiertos... Imposible es la fuga.

D. ALVARO. Serenidad es necesario en todo caso.

CURRA. ¡La Virgen del Rosario nos valga y las ánimas benditas...! ¿Qué será de mi pobre Antonio? (*Se asoma al balcón y grita.*) ¡Antonio! ¡Antonio!

D. ALVARO. ¡Calla, maldita!, no llames la atención hacia este lado; entorna el balcón. (*Se acerca el ruido de puertas y pisadas.*)

D.ª LEONOR. ¡Ay, desdichada de mí! Don Alvaro, escóndete aquí... en mi alcoba...

D. ALVARO. (*Resuelto.*) No, yo no me escondo... No te abandono en tal conflicto. (*Prepara una pistola.*) Defenderte y salvarte es mi obligación.

D.ª LEONOR. (*Asustadísima.*) ¿Qué intentas? ¡Ay! Retira esa pistola, que me hiela la sangre... ¡Por Dios, suéltala...! ¿La dispararás contra mi buen padre...? ¿Contra algunos de mis hermanos...? ¿Para matar a alguno de los fieles y antiguos criados de esta casa?

D. ALVARO. (*Profundamente confundido.*) No, no, amor mío... La emplearé en dar fin a mi desventurada vida.

D.ª LEONOR. ¡Qué horror! ¡Don Alvaro!

ESCENA VIII

Abrese la puerta con estrépito, después de varios golpes en ella, y entra el MARQUÉS en bata y gorro, con un espadín desnudo en la mano y detrás dos criados mayores con luces.

MARQUÉS. (*Furioso.*) ¡Vil seductor...! ¡Hija infame!

D.ª LEONOR. (*Arrojándose a los piés de su padre.*) ¡Padre!!! ¡Padre!!!

MARQUÉS. No soy tu padre... Aparta... Y tú, vil advenedizo.

D. ALVARO. Vuestra hija es inocente... Yo soy el culpado... Atravesadme el pecho. (*Hinca una rodilla.*)

MARQUÉS. Tu actitud suplicante manifiesta lo bajo de tu condición...

D. ALVARO. (*Levantándose.*) ¡Señor Marqués...! ¡Señor Marqués...!

MARQUÉS. (*A su hija.*) Quita, mujer inicua. (*A Curra, que le sujeta el brazo.*) ¿Y tú, infeliz..., osas tocar a tu señor? (*A los criados.*) Ea, echáos sobre ese infame, sujetadle, atadle...

D. ALVARO. (*Con dignidad.*) Desgraciado del que me pierda el respeto. (*Saca una pistola y la monta.*)

D.ª LEONOR. (*Corriendo hacia don Alvaro.*) ¡Don Alvaro...! ¿Qué vais a hacer?

MARQUÉS. Echáos sobre él al punto.

D. ALVARO. ¡Ay de vuestros criados si se mueven! Vos sólo tenéis derecho para atravesarme el corazón.

MARQUÉS. ¿Tú morir a manos de un caballero? No; morirás a las del verdugo.

D. ALVARO. ¡Señor Marqués de Calatrava! Más ¡ah!, no; tenéis derecho para todo... Vuestra hija es inocente... Tan pura como el aliento de los ángeles que rodean el trono del Altísimo. La sospecha a qué puede dar origen mi presencia aquí a tales horas concluya con mi muerte; salga envolviendo mi cadáver como si fuera mi mortaja... Sí, debo morir..., pero a vuestras manos. (*Pone una rodilla en tierra.*) Espero resignado el golpe, no lo resistiré; ya me tenéis desarmado. (*Tira la pistola, que al dar en tierra se dispara y hiere al Marqués, que*

cae moribundo en los brazos de su hija y de los criados, dando un alarido.)

MARQUÉS. Muerto soy... ¡Ay de mí...!

D. ALVARO. ¡Dios mío! ¡Arma funesta! ¡Noche terrible!

D.ª LEONOR. ¡Padre, padre!!!

MARQUÉS. Aparta; sacadme de aquí..., donde muera sin que esta vil me contamine con tal nombre...

D.ª LEONOR. ¡Padre...!

MARQUÉS. Yo te maldigo. (*Cae Leonor en brazos de D. Alvaro, que la arrastra hacia el balcón.*)

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

LA ESCENA ES EN LA VILLA DE HORNACHUELOS Y SUS ALREDEDORES

ESCENA PRIMERA

Es de noche, y el teatro representa la cocina de un mesón de la villa de Hornachuelos. Al frente estará la chimenea y el hogar. A la izquierda la puerta de entrada; a la derecha dos puertas practicables. A un lado una mesa larga de pino, rodeada de asientos toscos, y alumbrado todo por un gran candilón. El MESONERO y e ALCALDE aparecerán sentados gravemente al fuego. La MESONERA, de rodillas, guisando. Junto a la mesa, el ESTUDIANTE cantando y tocando la guitarra. El ARRIERO que habla, cribando cebada en el fondo del teatro. El TÍO TRABUCO, tendido en primer término, sobre sus jalmas. Los dos LUGAREÑOS, las dos LUGAREÑAS, la MOZA y uno de los ARRIEROS, que no habla, estarán bailando seguidillas. El otro ARRIERO, que no habla, estará sentado junto al ESTUDIANTE y jaleando a las que bailan. Encima de la mesa habrá una bota de vino, unos vasos y un frasco de aguardiente.

ESTUDIANTE. (*Cantando en voz recia al son de la guitarra, y las tres parejas bailando con gran algazara.*)

Poned en estudiantes
vuestro cariño,
que son, como discretos,
agradecidos.
Viva Hornachuelos,
vivan de sus muchachas
los ojos negros.
Dejad a los soldados, Presagio
que es gente mala,
y así que dan el golpe
vuelven la espalda.
Viva Hornachuelos,
vivan de sus muchachas
los ojos negros.

MESONERA. (*Poniendo una sartén sobre la mesa.*) Vamos, vamos, que se enfría... (*A la criada.*) Pepa, al avío.

ARRIERO. (*El del cribo.*) Otra coplita.

ESTUDIANTE. (*Dejando la guitarra.*) Abrenuntio. Antes de todo, la cena.

MESONERA. Y si después quiere la gente seguir bailando y alborotando, váyanse al corral o la calle, que hay una luna clara como de día. Y dejen en silencio el mesón, que si unos quieren jaleo, otros quieren dormir. Pepa, Pepa..., ¿no digo que basta ya de zangoloteo...?

TÍO TRABUCO. (*Acostado en sus arreos.*) Tía Colasa, usted está en lo cierto. Yo por mí, quiero dormir.

MESONERO. Sí, ya basta de ruido. Vamos a cenar. Señor Alcalde, eche su merced la bendición. y venga a tomar una presita.

ALCALDE. Se agradece, señor Monopodio.

MESONERA. Pero acérquese su merced.

ALCALDE. Que eche la bendición el señor licenciado.

ESTUDIANTE. Allá voy, y no seré largo, que huele el bacallao a gloria. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

TODOS. Amén. (*Se van acomodando alrededor de la mesa todos menos Trabuco.*)

MESONERA. Tal vez el tomate no estará bastante cocido, y el arroz estará algo duro... Pero con tanta babilonia no se puede...

ARRIERO. Está diciendo comedme, comedme.

ESTUDIANTE. (*Comiendo con ansia.*) Está exquisito, especial; parece ambrosía...

MESONERA. Alto allá, señor bachiller; la tía Ambrosia no me gana a mí a guisar, ni sirve para descalzarme el zapato; no, señor.

ARRIERO. La tía Ambrosia es más puerca que una telaraña.

MESONERO. La tía Ambrosia es un guiñapo, es un paño de aporrear moscas; se revuelven las tripas de entrar en su mesón, y compararla con mi Colasa no es regular.

ESTUDIANTE. Ya sé yo que la señora Colasa es pulcra, y no lo dije por tanto.

ALCALDE. En toda la comarca de Hornachuelos, no hay una persona más limpia que la señora Colasa, ni un mesón como el del señor Monipodio

MESONERA. Como que cuantas comidas de boda se hacen en la villa pasan por estas manos que ha de comer la tierra. Y de las bodas de señores, no le parezca a usted, señor bachiller... Cuando se casó el escribano con la hija del regidor...

ESTUDIANTE. Conque se le puede decir a la señora Colasa, *tu das mihi epulis accumbere divum.*

MESONERA. Yo no sé latín, pero sé guisar... Señor Alcalde, moje siquiera una sopa...

ALCALDE. Tomaré, por no despreciar, una cucharadita de gazpacho, si es que lo hay.

MESONERO. ¿Cómo que si lo hay?

MESONERA. ¿Pues había de faltar donde yo estoy...? ¡Pepa! (*A la moza.*) Anda a traerlo. Está sobre el brocal del pozo, desde media tarde, tomando el fresco. (*Vase la moza.*)

ESTUDIANTE. (*Al arriero, que está acostado.*) ¡Tío Trabuco, hola, Tío Trabuco! ¿No viene usted a hacer la razón?

TÍO TRABUCO. No ceno.

ESTUDIANTE. ¿Ayuna usted?

TÍO TRABUCO. Sí, señor, que es viernes.

MESONERO. Pero un traguito...

TÍO TRABUCO. Venga. (*Le alarga el Mesonero la bota, y bebe un trago el Tío Trabuco.*) ¡Jú! Esto es zupio. Alárgueme usted, tío Monipodio, el frasco del aguardiente para enjuagarme la boca. (*Bebe y se acurruca. Entra la moza con una fuente de gazpacho.*)

MOZA. Aquí está la gracia de Dios.

TODOS. Venga, venga.

ESTUDIANTE. Parece, señor Alcalde, que esta noche hay mucha gente forastera en Hornachuelos.

ARRIERO. Las tres posadas están llenas

ALCALDE. Como es el jubileo de la Porciúncula, y el convento de San Francisco de los Angeles, que está aquí en el desierto, a media legua corta, es tan famoso... Viene mucha gente a confesarse con el Padre Guardián, que es un siervo de Dios.

MESONERA. Es un santo.

MESONERO. (*Toma la bota y se pone de pie.*) Jesús; por la buena compañía, y que Dios nos dé salud y pesetas en esta vida, y la gloria en la eterna. (*Bebe.*)

TODOS. Amén. (*Pasa la bota de mano en mano.*)

ESTUDIANTE. (*Después de beber.*) Tío Trabuco, Tío Trabuco. ¿Está usted con los angelitos?

TÍO TRABUCO. Con las malditas pulgas y con sus voces de usted, ¿quién puede estar sino con los demonios?

ESTUDIANTE. Queríamos saber, Tío Trabuco, si esa personilla de alfeñique, que ha venido con usted y que se ha escondido de nosotros, viene a ganar el jubileo.

TÍO TRABUCO. Yo no sé nunca a lo que van ni vienen los que viajan conmigo.

ESTUDIANTE. Pero... ¿es gallo, o gallina?

TÍO TRABUCO. Yo de los viajeros no miro más que la moneda, que ni es hembra ni es macho.

ESTUDIANTE. Sí, es género epiceno, como si dijéramos, hermafrodita... Pero veo que es usted muy taciturno, Tío Trabuco.

TÍO TRABUCO. Nunca gasto saliva en lo que no me importa; y buenas noches, que se me va quedando la lengua dormida, y quiero guardarle el sueño; sonsoniche.

ESTUDIANTE. Pues, señor, con el Tío Trabuco no hay emboque. Dígame usted, nostrama (*A la Mesonera.*), ¿por qué no ha venido a cenar el tal caballerito?

MESONERA. Yo no sé.

ESTUDIANTE. Pero, vamos, ¿es hembra o varón?

MESONERA. Que sea lo que sea, lo cierto es que le vi el rostro, por más que se lo recataba, cuando se apeó del mulo, y que lo tiene como un sol; y eso que traía los ojos de llorar, y de polvo, que daba compasión.

ESTUDIANTE. ¡Oiga!

MESONERA. Sí, señor; y en cuanto se metió en ese cuarto, volviéndome siempre la espalda, me preguntó cuánto había de aquí al convento de los Angeles, y yo se lo enseñé desde la ventana, que, como está tan cerca, se ve clarito, y...

ESTUDIANTE. ¡Hola, con que es pecador que viene al jubileo!

MESONERA. Yo no sé; luego, se acostó; digo, se echó en la cama vestido, y bebió antes un vaso de agua con unas gotas de vinagre.

ESTUDIANTE. Ya, para refrescar el cuerpo.

MESONERA. Y me dijo que no quería luz, ni cena, ni nada, y se quedó como rezando el Rosario entre dientes. A mí me parece que es persona muy...

MESONERO. Charla, charla... ¿Quién diablos te mete en hablar de los huéspedes...? ¡Maldita sea tu lengua!

MESONERA. Como el señor licenciado quería saber...

ESTUDIANTE. Sí, señora Colasa; dígame usted...

MESONERO. (*A su mujer.*) ¡Chitón!

ESTUDIANTE. Pues, señor, volvamos al Tío Trabuco. ¡Tío Trabuco, Tío Trabuco! (*Se acerca a él y le despierta.*)

TÍO TRABUCO. ¡Malo...! ¿Me quiere usted dejar en paz?

ESTUDIANTE. Vamos, dígame usted, esa persona ¿cómo viene en el mulo, a mujeriegas, o a horcajados?

TÍO TRABUCO. ¡Ay, qué sangre...! De cabeza.

ESTUDIANTE. Y dígame usted, ¿de dónde salió usted esta mañana, de Posadas o de Palma?

TÍO TRABUCO. Yo no sé sino que tarde o temprano voy al cielo.

ESTUDIANTE. ¿Por qué?

TÍO TRABUCO. Porque ya me tiene usted en el purgatorio.

ESTUDIANTE. (*Se ríe.*) ¡Ah, ah,ah...! ¿Y va usted a Extremadura?

TÍO TRABUCO. (*Se levanta, recoge sus jalmas y se va con ellas muy enfadado.*) No, señor, a la caballeriza, huyendo de usted, y a dormir con mis mulos, que no saben latín ni son bachilleres.

ESTUDIANTE. (*Se ríe.*) ¡Ah, ah, ah! Se atufó... ¡Hola, Pepa, salerosa! ¿Y no has visto tú al escondido?

MOZA. Por la espalda.

ESTUDIANTE. ¿Y en qué cuarto está?

MOZA. (*Enseña la primera puerta de la derecha.*) En ese...

ESTUDIANTE. Pues ya que es lampiño, vamos a pintarle unos bigotes con tizne... Y cuando se despierte por la mañana, reiremos un poco. (*Se tizna los dedos, y va hacia el cuarto.*)

ALGUNOS. Sí..., sí.

MESONERO. No, no.

ALCALDE. (*Con gravedad.*) Señor estudiante, no lo permitiré yo, pues debo proteger a los forasteros que llegan a esta villa, y administrarles justicia como a los naturales de ella.

ESTUDIANTE. No, lo dije por tanto, señor Alcalde...

ALCALDE. Yo sí. Y no fuera malo saber quién es el señor licenciado, de dónde viene y a dónde va, pues parece algo alegre de cascos.

ESTUDIANTE. Si la justicia me lo pregunta de burlas o de veras, no hay inconveniente en decirlo, que aquí se

juega limpio. Soy el bachiller Pereda, graduado por Salamanca, *in utroque*, y hace ocho años que curso sus escuelas, aunque pobre, con honra, y no sin fama. Salí de allí hace más de un año, acompañando a mi amigo y protector el señor licenciado Vargas, y fuimos a Sevilla, a vengar la muerte de su padre el marqués de Calatrava, y a indagar el paradero de su hermana, que se escapó con el matador. Pasamos allí algunos meses, donde también estuvo su hermano mayor, el actual marqués, que es oficial de Guardias. Y como no lograron su propósito, se separaron jurando venganza. Y el licenciado y yo nos vinimos a Córdoba, donde dijeron que estaba la hermana. Pero no la hallamos tampoco, y allí supimos que había muerto en la refriega que armaron los criados del Marqués, la noche de su muerte, con los del robador y asesino, y que éste se había vuelto a América. Con lo que marchamos a Cádiz, donde mi protector, el licenciado Vargas, se ha embarcado para buscar allá al enemigo de su familia. Y yo me vuelvo a mi universidad a desquitar el tiempo perdido y a continuar mis estudios; con los que, y la ayuda de Dios, puede ser que me vea algún día gobernador del Consejo o arzobispo de Sevilla.

ALCALDE. Humos tiene el señor bachiller, y ya basta; pues se ve en su porte y buena explicación que es hombre de bien y que dice verdad.

MESONERA. Dígame usted, señor estudiante, ¿y qué, mataron a ese marqués?

ESTUDIANTE. Sí.

MESONERA. ¿Y lo mató el amante de su hija y luego la robó...? ¡Ay! Cuéntenos su merced esa historia, que será muy divertida; cuéntela su merced...

MESONERO. ¿Quién te mete a tí en saber vidas ajenas? ¡Maldita sea tu curiosidad! Pues que ya hemos cenado, demos gracias a Dios, y a recogerse. (*Se ponen todos en pie, y se quitan el sombrero como que rezan.*) Eh, buenas noches; cada mochuelo a su olivo.

ALCALDE. Buenas noches, y que haya juicio y silencio.

ESTUDIANTE. Pues me voy a mi cuarto. (*Se va a meter en el del viajero incógnito.*)

MESONERO. ¡Hola! No es ese; el de más allá.

ESTUDIANTE. Me equivoqué. (*Vanse el Alcalde y los Lugareños; entra el Estudiante en su cuarto; la Moza, el Arriero y la Mesonera retiran la mesa y bancos, dejando la escena desembarazada. El Mesonero se acerca al hogar, y queda todo en silencio y solos el Mesonero y Mesonera.*)

ESCENA II

MESONERO. Colasa, para medrar
en nuestro oficio, es forzoso
que haya en la casa reposo
y a ninguno incomodar.
Nunca meterse a oliscar
quiénes los huéspedes son;
no gastar conversación
con cuantos llegan aquí;
servir bien, decir no o sí,
cobrar la mosca, y chitón.

MESONERA. No, por mí no lo dirás;
bien sabes que callar sé.
Al bachiller pregunté...

MESONERO. Pues eso estuvo de más.

MESONERA. También ahora extrañarás
que entre en ese cuarto a ver
si el huesped ha menester
alguna cosa, marido;
pues es, sí, lo he conocido,
una afligida mujer.

(*Toma un candil y entra la Mesonera muy recatadamente en el cuarto.*)

MESONERO. Entra, que entrar es razón,
aunque temo, a la verdad,
que vas por curiosidad,
más bien que por compasión.

MESONERA. (*Saliendo muy asustada.*)
¡Ay, Dios mío! Vengo muerta;
desapareció la dama;

nadie he encontrado en la cama,
y está la ventana abierta.

MESONERO. ¿Cómo?, ¿cómo...? ¡Ya lo sé...!
La ventana al campo da,
y como tan baja está,
sin gran trabajo se fué.
(*Andando hacia el cuarto donde entró la mujer, quedándose él a la puerta.*)
quiera Dios no haya cargado
con la colcha nueva.

MESONERA. (*Dentro.*)
Nada,
todo está aquí... ¡Desdichada!,
hasta dinero ha dejado...
Sí, sobre la mesa un duro.

MESONERO. Vaya entonces en buen hora.

MESONERA. (*Saliendo a la escena.*)
No hay duda: es una señora
que se encuentra en grande apuro.

MESONERO. Pues con bien la lleve Dios,
y vámonos a acostar,
y mañana no charlar,
que esto quede entre los dos.
Echa un cuarto en el cepillo
de las ánimas, mujer;
y el duro véngame a ver;
échamelo en el bolsillo.

ESCENA III

El teatro representa una plataforma en la ladera de una áspera montaña. A la izquierda, precipicios y derrumbaderos. Al frente, un profundo valle, atravesado por un riachuelo, en cuya margen se ve, a lo lejos, la villa de Hornachuelos, terminando el fondo en altas montañas. A la derecha, la fachada del convento de los Angeles, de pobre y humilde arquitectura. La gran puerta de la iglesia, cerrada, pero practicable, y sobre ella una claraboya de medio punto por donde se verá el resplandor de las luces interiores; más hacia el proscenio, la puerta de la portería, también practicable y cerrada; en medio de ella una mirilla o gatera, que se abre y se cierra, y al lado el cordón de una campanilla. En medio de la escena habrá una gran cruz de piedra tosca y corroída por el tiempo, puesta sobre cuatro gradas que puedan servir de asiento. Estará todo iluminado por una luna clarísima; se oirá dentro de la iglesia el órgano, y cantar maitines al coro de frailes, y saldrá, como subiendo por la izquierda, DOÑA LEONOR, muy fatigada y vestida de hombre con un gabán de mangas, sombrero gacho y botines.

D.ª LEONOR. Sí... ya llegué... Dios mío,
gracias os doy rendida.
(*Arrodíllase al ver el convento.*)
En tí, Virgen Santísima, confío;
sed el amparo de mi amarga vida.
Este refugio es sólo
el que puedo tener de polo a polo.
(*Alzase.*)
No me queda en la tierra
más asilo y resguardo
que los áridos riscos de esta sierra;
en ella estoy... ¿Aún tiemblo y me acobardo...?
(*Mira hacia el sitio por donde ha venido.*)
¡Ah...! Nadie me ha seguido,
ni mi fuga veloz notada ha sido.
No me engañé; la horrenda historia mía
escuché referir en la posada...
Y ¿quién, cielos, sería
aquél que la contó? ¡Desventurada!
Amigo dijo ser de mis hermanos...
¡Oh cielos soberanos...!
¿Voy a ser descubierta?
Estoy de miedo y de cansancio muerta.
(*Se sienta mirando en derredor y luego al cielo.*)
¡Qué asperezas! ¡Qué hermosa y clara luna!
¡La misma que hace un año

vió la mudanza atroz de mi fortuna,
y abrirse los infiernos en mi daño!
(*Pausa larga.*)
No fué ilusión... Aquél que de mí hablaba
dijo que navegaba
don Alvaro, buscando nuevamente
los apartados climas de Occidente.
¡Oh Dios! ¿Y será cierto?
Con bien arribe de su patria al puerto.
(*Pausa.*)
¿Y no murió la noche desastrada
en que yo, yo... manchada
con la sangre infeliz del padre mío,
le seguí... le perdí... ¿Y huye el impío?
¿Y huye el ingrato...? ¿Y huye y me abandona?
(*Cae de rodillas.*)
¡Oh, madre santa de piedad! Perdona,
perdona, le olvidé. Sí, es verdadera,
lo es mi resolución. Dios de bondades,
con penitencia austera,
lejos del mundo, en estas soledades,
el furor expiaré de mis pasiones.
¡Piedad, piedad, Señor, no me abandones!
(*Queda en silencio y como en profunda meditación, recostada en las gradas de la cruz, y después de una larga pausa, continúa.*)
Los sublimes acentos de ese coro
de bienaventurados,
y los ecos pausados
del órgano sonoro,
que cual de incienso vaporosa nube
al trono santo del eterno sube,
difunden en mi alma
bálsamo dulce de consuelo y calma.
(*Se levanta resuelta.*)
¿Qué me detengo, pues...? Corro al tranquilo...
corro al sagrado asilo...
(*Va hacia el convento y se detiene.*)
Mas ¿cómo a tales horas...? ¡Ah...! No puedo
ya dilatarlo más; hiélame el miedo
de encontrarme aquí sola. En esa aldea
hay quien mi historia sabe.

En lo posible cabe
que descubierta con la aurora sea.
Este santo prelado
de mi resolución está informado,
y de mis infortunios... Nada temo.
Mi confesor de Córdoba hace días
que las desgracias mías
le escribió largamente...
Sé de su caridad el noble extremo;
me acogerá indulgente.
¿Qué dudo, pues, qué dudo...?
Sed, oh Virgen Santísima, mi escudo.
(*Llega a la portería y toca la campanilla.*)

ESCENA IV

Se abre la mirilla que está en la puerta, y por ella sale el resplandor de un farol, que da de pronto en el rostro de DOÑA LEONOR, y ésta se retira como asustada. El HERMANO MELITON habla toda esta escena dentro.

HNO. MELITÓN. ¿Quién es?

D.ª LEONOR. Una persona a quien interesa mucho, mucho, ver al instante al reverendo padre Guardián.

HNO. MELITÓN. ¡Buena hora de ver al padre Guardián...! La noche está clara y no será ningún caminante perdido. Si viene a ganar el jubileo, a las cinco se abrirá la iglesia; vaya con Dios; él le ayude.

D.ª LEONOR. Hermano, llamad al padre Guardián. Por caridad.

HNO. MELITÓN. ¡Qué caridad a estas horas! El padre Guardián está en el coro.

D.ª LEONOR. Traigo para su reverencia un recado muy urgente del padre Cleto, definidor del convento de Córdoba, quien ya le ha escrito sobre el asunto de que vengo ha hablarle.

HNO. MELITÓN. ¡Hola...! ¿Del padre Cleto, el definidor del convento de Córdoba? Eso es distinto... Iré, iré a decírselo al padre Guardián. Pero dígame, hijo, ¿el recado y la carta, son sobre aquél asunto con el padre General, que está pendiente allá en Madrid?

D.ª LEONOR. Es una cosa muy interesante.

HNO. MELITÓN. Pero ¿para quién?

D.ª LEONOR. Para la criatura más infeliz del mundo.

HNO. MELITÓN. ¡Mala recomendación...! Pero, bueno, abriré la portería, aunque es contra regla, para que entréis a esperar.

D.ª LEONOR. No, no, no puedo entrar... ¡Jesús!

HNO. MELITÓN. Bendito sea su santo nombre... ¿Pero sois algún excomulgado...? Si no, es cosa rara preferir el esperar al raso. En fin, voy a dar el recado, que probablemente no tendrá respuesta. Si no vuelvo, buenas noches; ahí a la bajadita está la villa, y hay un buen mesón: el de la tía Colasa. (*Ciérrase la ventanilla y doña Leonor queda muy abatida.*)

ESCENA V

D.ª LEONOR. ¿Será tan negra y dura
mi suerte miserable,
que este santo prelado
socorro y protección no quiera darme?
La rígida aspereza
y las dificultades
que ha mostrado el portero
me pasman de terror, hielan mi sangre.
Mas no; si da el aviso
al reverendo padre,
y éste es tan dulce y bueno
cual dicen todos, volará a ampararme.
¡Oh Soberana Virgen,
de desdichados Madre!
Su corazón ablanda
para que venga pronto a consolarme.
(*Queda en silencio; da la una el reloj del convento; se abre la portería, en la que aparecen el padre Guardián y el hermano Melitón con un farol; éste se queda en la puerta y aquél sale a la escena.*)

ESCENA VI

DOÑA LEONOR, EL PADRE GUARDIÁN Y EL HERMANO MELITÓN

P. GUARDIÁN. ¿El que me busca, quién es?

D.ª LEONOR. Yo soy, Padre, que quería...

P. GUARDIÁN. Ya se abrió la portería;
entrad en el claustro, pues.
D.ª LEONOR. (*Muy sobresaltada.*)
¡Ah...! Imposible, padre, no.
P. GUARDIÁN. ¡Imposible.. ! ¿Qué decís...?
D.ª LEONOR. Si que os hable permitís,
aquí sólo puedo yo.
P. GUARDIÁN. Si os envía el padre Cleto,
hablad, que es mi grande amigo.
D.ª LEONOR. Padre, que sea sin testigo,
porque me importa el secreto.
P. GUARDIÁN. ¿Y quién.. ? Mas ya os entendí.
Retiráos, fray Melitón,
y encajad ese portón;
dejadnos solos aquí.
HNO. MELITÓN. ¿No lo dije? Secretitos.
Los misterios ellos solos,
que los demás somos bolos
para estos santos benditos.
P. GUARDIÁN. ¿Qué murmura?
HNO. MELITÓN. Que está tan
premiosa esta puerta... y luego...
P. GUARDIÁN. Obedezca, hermano lego.
HNO. MELITÓN. Ya me la echó de guardián.
(*Ciérrase la puerta y vase.*)

ESCENA VII

DOÑA LEONOR Y EL PADRE GUARDIÁN

P. GUARDIÁN. (*Acercándose a Leonor.*)
Ya estamos, hermano, solos.
¿Mas por qué tanto misterio?
¿No fuera más conveniente
que entrárais en el convento?
No sé que pueda impedirlo...
Entrad, pues, que yo os lo ruego;
entrad, subid a mi celda,
tomaréis un refrigerio,
y después...
D.ª LEONOR. No, padre mío.

P. GUARDIÁN. ¿Qué os horroriza...? No entiendo...

D.ª LEONOR. *(Muy abatida.)*
Soy una infeliz mujer.

P. GUARDIÁN. *(Asustado.)*
¡Una mujer...! ¡Santo cielo!
¡Una mujer...! A estas horas,
en este sitio... ¿Qué es esto?

D.ª LEONOR. Una mujer infelice,
maldición del universo,
que a vuestras plantas rendida
(Se arrodilla.)
os pide amparo y remedio;
pues vos podéis libertarla
de este mundo y del infierno.

P. GUARDIÁN. Señora, alzad. Que son grandes
(La levanta.)
vuestros infortunios creo,
cuando os miro en este sitio
y escucho tales lamentos.
¿Pero qué apoyo, decidme,
qué amparo prestaros puedo
yo, un humilde religioso,
encerrado en estos yermos?

D.ª LEONOR. ¿No habéis, padre, recibido
la carta que el padre Cleto...

P. GUARDIÁN. *(Recapacitando.)*
¿El padre Cleto os envía...?

D.ª LEONOR. A vos, cual solo remedio
de todos mis infortunios;
si benigno los intentos
que a estos montes me conducen
permitís tengan efecto.

P. GUARDIÁN. *(Sorprendido.)*
¿Sois doña Leonor de Vargas...?
¿Sois por dicha...? ¡Dios eterno!

D.ª LEONOR. *(Abatida.)*
¡Os horroriza el mirarme!

P. GUARDIÁN. *(Afectuoso.)*
No, hija mía, no por cierto,
ni permita Dios que nunca
tan duro sea mi pecho,

que a los desgraciados niegue
la compasión y el respeto.

D.ª LEONOR. ¡Yo lo soy tanto!

P. GUARDIÁN. Señora,
vuestra agitación comprendo.
No es extraño, no. Seguidme,
venid. Sentáos un momento
al pie de esta cruz; su sombra
os dará fuerza y consuelos.

(*Lleva el Guardián a doña Leonor, y se sientan al pie de la cruz.*)

D.ª LEONOR. ¡No me abandonéis, oh, padre!

P. GUARDIÁN. No, jamás; contad conmigo.

D.ª LEONOR. De este santo monasterio
desde que el término piso,
más tranquila tengo el alma,
con más libertad respiro.
Ya no me cercan, cual hace
nn año, que hoy se ha cumplido,
los espectros y fantasmas
que siempre en redor he visto.
Ya no me sigue la sombra
sangrienta del padre mío,
ni escucho sus maldiciones,
ni su horrenda herida miro,
ni...

P. GUARDIÁN. ¡Oh, no lo dudo, hija mía!
Libre estáis en este sitio
de esas vanas ilusiones,
aborto de los abismos.
Las insidias del demonio,
las sombras a que da brío
para conturbar al hombre,
no tienen aquí dominio.

D.ª LEONOR. Por eso aquí busco ansiosa
dulce consuelo y auxilio,
y de la Reina del cielo
bajo el regio manto abrigo.

P. GUARDIÁN. Vamos despacio, hija mía;
el padre Cleto me ha escrito
la resolución tremenda
que al desierto os ha traído;

pero no basta.

D.ª LEONOR. Sí basta;
es inmutable... lo fío,
es inmutable.

P. GUARDIÁN. ¡Hija mía!

D.ª LEONOR. Vengo resuelta, lo he dicho,
a sepultarme por siempre
en la tumba de estos riscos.

P. GUARDIÁN. ¡Cómo!

D.ª LEONOR. ¿Seré la primera...?
No lo seré, padre mío.
Mi confesor me ha informado
de que en este santo sitio,
otra mujer infelice
vivió muerta para el siglo.
Resuelta a seguir su ejemplo
vengo en busca de su asilo:
dármelo sin duda puede
la gruta que le dió abrigo,
vos la protección y amparo
que para ello necesito,
y la soberana Virgen
su santa gracia y su auxilio.

P. GUARDIÁN. No os engañó el padre Cleto,
pues diez años ha vivido
una santa penitente
en este yermo tranquilo,
de los hombres ignorada,
de penitencias prodigio.
En nuestra iglesia sus restos
están, y yo los estimo
como la joya más rica
de esta casa que, aunque indigno,
gobierno en el santo nombre
de mi padre San Francisco.
La gruta que fué su albergue,
y a que reparos precisos
se le hicieron, está cerca,
en ese hondo precipicio.
Aún existen en su seno
los humildes utensilios
que usó la santa; a su lado

un arroyo cristalino
brota apacible.

D.ª LEONOR. Al momento
llevadme allá, padre mío.

P. GUARDIÁN. ¡Oh, doña Leonor de Vargas!
¿Insistís?

D.ª LEONOR. Sí, padre, insisto.
Dios me manda...

P. GUARDIÁN. Raras veces
Dios tan grandes sacrificios
exige de los mortales.
Y ¡ay de aquél que de un delirio
en el momento, hija mía,
tal vez se engaña a sí mismo!
Todas las tribulaciones
de este mundo fugitivo,
son, señora, pasajeras,
al cabo encuentran alivio.
Y al Dios de bondad se sirve,
y se le aplaca lo mismo
en el claustro, en el desierto,
de la corte en el bullicio,
cuando se le entrega el alma
con fé viva y pecho limpio.

D.ª LEONOR. No es un acaloramiento,
no un instante de delirio,
quien me sugirió la idea
que a buscaros me ha traído.
Desengaños de este mundo,
y un año ¡ay Dios! de suplicios,
de largas meditaciones,
de continuados peligros,
de atroces remordimientos,
de reflexiones conmigo,
mi intención han madurado
y esfuerzo me han concedido
para hacer voto solemne
de morir en este sitio.
Mi confesor venerable,
que ya mi historia os ha escrito,
el Padre Cleto, a quien todos
llaman santo, y con motivo,

mi resolución aprueba;
aunque, cual vos, al principio
trató de desvanecerla
con sus doctos raciocinios:
y a vuestras plantas me envía
para que me déis auxilio.
No me abandonéis, oh Padre;
por el cielo os lo suplico;
mi resolución es firme,
mi voto inmutable y fijo,
y no hay fuerza en este mundo
que me saque de estos riscos.

P. GUARDIÁN. Sois muy joven, hija mía;
¿quién lo que el cielo propicio
aún nos puede guardar sabe?

D.ª LEONOR. Renuncio a todo, lo he dicho.

P. GUARDIÁN. Acaso aquel caballero...

D.ª LEONOR. ¿Qué pronunciáis...?, ¡oh martirio!
Aunque inocente, manchado
con sangre del padre mío
está, y nunca, nunca...

P. GUARDIÁN. Entiendo.
Mas de vuestra casa el brillo,
vuestros hermanos...

D.ª LEONOR. Mi muerte
sólo anhelan vengativos.

P. GUARDIÁN. ¿Y la bondadosa tía
que en Córdoba os ha tenido
un año oculta?

D.ª LEONOR. No puedo,
sin ponerla en compromiso,
abusar de sus bondades.

P. GUARDIÁN. Y qué, ¿más seguro asilo
no fuera, y más conveniente,
con las esposas de Cristo,
en un convento...?

D.ª LEONOR. No, Padre;
son tantos los requisitos
que para entrar en el claustro
se exigen... y... ¡oh! no, Dios mío,
aunque me encuentro inocente,
no puedo, tiemblo al decirlo,

vivir sino donde nadie
viva y converse conmigo.
Mi desgracia en toda España
suena de modo distinto,
y una alusión, una seña,
una mirada, suplicios
pudieran ser que me hundieran
del despecho en el abismo.
No, jamás... Aquí, aquí sólo;
si no me acogéis benigno,
piedad pediré a las fieras
que habitan en estos riscos,
alimento a estas montañas,
vivienda a estos precipicios.
No salgo de este desierto;
una voz hiere mi oído,
voz del cielo, que me dice:
aquí, aquí; y aquí respiro.

(*Se abraza con la cruz.*)

No, no habrá fuerzas humanas
que me arranquen de este sitio.

P. GUARDIÁN. (*Levantándose y aparte.*)

¡Será verdad, Dios eterno!
¿Será tan grande y tan alta
la protección que concede
vuestra Madre Soberana
a mí, pecador indigno,
que cuando soy de esta casa
humilde prelado, venga
con resolución tan santa
otra mujer penitente
a ser luz de estas montañas?
¡Bendito seáis, Dios eterno,
cuya omnipotencia narran
estos cielos estrellados,
escabel de vuestras plantas!
¿Vuestra vocación es firme...?
¿Sois tan bienaventurada...?

D.ª LEONOR. Es inmutable; y cumplirla
la voz del cielo me manda.

P. GUARDIÁN. Sea, pues, bajo el amparo

de la Virgen Soberana.
(*Extiende una mano sobre ella.*)

D.ª LEONOR. (*Arrojándose a las plantas del Padre Guardián.*)
¿Me acogéis...? ¡Oh Dios...! ¡Oh dicha!
¡Cuán feliz vuestras palabras
me hacen en este momento...!

P. GUARDIÁN. (*Levantándola.*)
Dad a la Vírgen las gracias.
Ella es la que asilo os presta
a la sombra de su casa.
No yo, pecador protervo,
vil gusano, tierra, nada. (*Pausa.*)

D.ª LEONOR. Y vos, tan sólo vos, oh Padre mío,
sabréis que habito en estas asperezas,
ningún otro mortal.

P. GUARDIÁN. Yo solamente
sabré quién sois. Pero que avise es fuerza
a la comunidad de que la ermita
está ocupada y de que vive en ella
una persona penitente. Y nadie,
bajo precepto santo de obediencia,
osará aproximarse de cien pasos,
ni menos penetrar la humilde cerca
que a gran distancia la circunda en torno.
La mujer santa, antecesora vuestra,
sólo fué conocida del prelado,
también mi antecesor. Que mujer era,
lo supieron los otros religiosos,
cuando se celebraron sus exequias.
Ni yo jamás he de volver a veros:
cada semana, sí, con gran reserva,
yo mismo os dejaré junto a la fuente
la escasa provisión: de recogerla
cuidaréis vos... Una pequeña esquila,
que está sobre la puerta con su cuerda,
calando a lo interior, tocaréis sólo
de un gran peligro en la ocasión extrema,
o en la hora de la muerte. Su sonido,
a mí, o al que cual yo prelado sea,
avisará, y espiritual socorro
jamás os faltará... No, nada tema.
La Virgen de los Angeles os cubre

con su manto, será vuestra defensa
el angel del Señor.

D.ª LEONOR. Más mis hermanos...
o bandidos tal vez...

P. GUARDIÁN. Y ¿quién pudiera
atreverse, hija mía, sin que al punto
sobre él tronara la venganza eterna?
Cuando vivió la penitente antigua
en este mismo sitio, adonde os lleva
gracia especial del brazo omnipotente,
tres malhechores, con audacia ciega,
llegar quisieron al albergue santo;
al momento una horrísona tormenta
se alzó, enlutando el indignado cielo,
y un rayo desprendido de la esfera
hizo ceniza a dos de los bandidos,
y el tercero, temblando, a nuestra iglesia
acogióse, vistió el escapulario,
abrazando contrito nuestra regla.
y murió a los dos meses.

D.ª LEONOR. Bien: ¡oh Padre!
Pues que encontré donde esconderme pueda
a los ojos del mundo, conducidme;
sin tardanza llevadme...

P. GUARDIÁN. Al punto sea,
que ya la luz del alba se avecina.
Mas antes entraremos en la iglesia;
recibiréis mi absolución, y luego
el pan de vida y de salud eterna.
Vestiréis el sayal de San Francisco,
y os daré avisos que importaros puedan
para la santa y penitente vida,
a que con gloria tanta estáis resuelta.

ESCENA VIII

P. GUARDIÁN. ¡Hola...! Hermano Melitón.
¡Hola...!, despierte le digo;
de la iglesia abra el postigo.

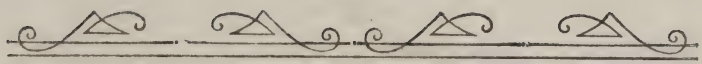
HNO. MELITÓN. (*Dentro.*)
Pues qué, ¿ya las cinco son...?
(*Sale bostezando.*)
Apostaré a que no han dado. (*Bosteza.*)

P. GUARDIÁN. La iglesia abra.
HNO. MELITÓN. No es de día.
P. GUARDIÁN. ¿Replica...? Por vida mía...
HNO. MELITÓN. ¿Yo...? En mi vida he replicado.
Bien podía el penitente
hasta las cinco esperar;
difícil será encontrar
un pecador tan urgente.

(*Vase, y enseguida se oye descorrer el cerrojo de la puerta de la iglesia, y se la ve abrirse lentamente.*)

P. GUARDIÁN. (*Conduciendo a Leonor hacia la iglesia.*)
Vamos al punto, vamos.
En la casa de Dios, hermana, entremos,
su nombre bendigamos,
en su misericordia confiemos.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA



JORNADA TERCERA

LA ESCENA ES EN ITALIA, EN VELETRI Y SUS ALREDEDORES.

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una sala corta, alojamiento de oficiales calaveras. En las paredes estarán colgados en desorden uniformes, capotes, sillas de caballos, armas, etc.; enmedio habrá una mesa con tapete verde; dos candeleros de bronce con velas de sebo; cuatro oficiales alrededor, uno de ellos con la baraja en la mano; algunas sillas desocupadas.

PEDRAZA. (*Entra muy deprisa.*) ¡Qué frío está esto!

OFICIAL 1.º Todos se han ido en cuanto me han desplumado; no he conseguido tirar ni una buena talla.

PEDRAZA. Pues precisamente va a venir un gran punto, y si ve esto tan desierto y frío...

OFICIAL 1.º ¿Y quién es el pájaro?

TODOS. ¿Quién?

PEDRAZA. El ayudante del General, ese teniente coronel que ha llegado con la orden de que al amanecer estemos sobre las armas. Es gran aficionado, tiene mucho rumbo, y a lo que parece es blanquito. Hemos cenado juntos en casa de la coronela, a quien ya le está echando requiebros, y el taimado de nuestro capellán lo marcó por suyo. Le convidó con que viniera a jugar, y ya lo trae hacia aquí.

OFICIAL 1.º Pues, señores, ya es este otro cantar. Ya vamos a ser todos unos... ¿Me entienden ustedes?

TODOS. Sí, sí, muy bien pensado.

OFICIAL 2.º Como que es de plana mayor, y será contrario de los pobres pilíes.

OFICIAL 4.º A él, y duro.

OFICIAL 1.º Pues para jugar con él tengo baraja preparada, más obediente que un recluta y más florida que el mes de Mayo... (*Saca una baraja del bolsillo.*) Y aquí está.

OFICIAL 3.º ¡Qué fino es usted, camarada!

OFICIAL 1.º No hay que jugar ases ni figuras. Y al avío, que ya suena gente en la escalera. Tiro, tres a la derecha, nueve a la izquierda.

ESCENA II

DON CARLOS DE VARGAS y el CAPELLAN

CAPELLÁN. Aquí viene, compañeros,
un rumboso aficionado.

TODOS. Sea, pues, bien llegado.
(*Levantándose y volviéndose a sentar.*)

D. CARLOS. Buenas noches, caballeros.
¡Qué casa tan indecente! (*Aparte.*)
Estoy, vive Dios, corrido
de verme comprometido
a alternar con esta gente.

OFICIAL 1.º Sentáos.
(*Se sienta don Carlos, haciéndole todos lugar.*)

CAPELLÁN. Señor capitán, (*Al banquero.*)
¿y el concurso?

OFICIAL 1.º Se afufó (*Barajando.*)
en cuanto me desbancó.
Toditos repletos van.
Se declaró un juego eterno
que no he podido quebrar,
y siempre salió a ganar
una sota del infierno.
Veintidós veces salió
y jamás a la derecha.

OFICIAL 2.º El que nunca se aprovecha
de tales gangas soy yo.

OFICIAL 3.º Y yo en el juego contrario
me empeñé, que nada ví,
y ya sólo estoy aquí

para rezar el rosario.

CAPELLÁN. Vamos.

PEDRAZA. Vamos.

OFICIAL 1.º Tiro.

D. CARLOS. Juego.

OFICIAL 1.º Tiro, a la derecha el as,
y a la izquierda la sotita.

OFICIAL 2.º Ya salió la muy maldita.
Por vida de Barrabás...

OFICIAL 1.º Rey a la derecha, nueve
a la izquierda.

D. CARLOS. Yo lo gano.

OFICIAL 1.º ¡Tengo apestada la mano! (*Paga.*)
Tres onzas, nada se debe.
A la derecha la sota.

OFICIAL 4.º Ya quebró.

OFICIAL 3.º Pegarle fuego.

OFICIAL 1.º A la izquierda siete.

D. CARLOS. Juego.

OFICIAL 2.º Sólo el verla me rebota.

D. CARLOS. Copo.

CAPELLÁN. ¿Con carta tapada?

OFICIAL 1.º Tiro, a la derecha el tres.

PEDRAZA. ¡Qué bonita carta es!

OFICIAL 1.º Cuando sale descargada.
A la izquierda el cinco.

D. CARLOS. (*Levantándose y sujetando la mano del que talla.*)
No,
con tiento, señor banquero,
(*Vuelve su carta.*)
que he ganado mi dinero,
y trampas no sufro yo.

OFICIAL 1.º ¿Cómo trampas...? ¿Quién osar...?

D. CARLOS. Yo: pegado tras del cinco
está el caballo; buen brinco
le hicísteis, amigo, dar.

OFICIAL 1.º Soy hombro pundonoroso,
y esto una casualidad...

D. CARLOS. Esta es una iniquidad;
vos un taimado tramposo.

PEDRAZA Sois un loco, un atrevido.

D. CARLOS. Vos un vil, y con la espada...

TODOS. Esta es una casa honrada.
CAPELLÁN. Por Dios, no hagamos rüido.
D. CARLOS. (*Echando a rodar la mesa.*)
Abreviemos de razones.
TODOS. (*Tomando las espadas.*)
¡Muera, muera el insolente!
D. CARLOS. (*Sale defendiéndose.*)
¿Qué puede con un valiente
una cueva de ladrones?
(*Salen de la estancia acuchillándose, y dos o tres soldados retiran la mesa, las sillas y desembarazan la escena.*)

ESCENA III

El teatro representa una selva en noche muy obscura. Aparece al fondo DON ALVARO, solo, vestido de capitán de granaderos; se acerca lentamente, y dice con gran agitación.

D. ALVARO. (*Solo*) ¡Qué carga tan insufrible
es el ambiente vital,
para el mezquino mortal
que nace en signo terrible!
¡Qué eternidad tan horrible
la breve vida! ¡Este mundo,
qué calabozo profundo
para el hombre desdichado,
a quien mira el cielo airado
con su ceño furibundo!
Parece, sí, que a medida
que es más dura y más amarga,
más extiende, más alarga
el destino nuestra vida.
Si nos está concedida
sólo para padecer,
y debe muy breve ser
la del feliz, como en pena
de que su objeto no llena.
¡Terrible cosa es nacer!
El que tranquilo, gozoso
vive entre aplausos y honores,
y de inocentes amores

apura el cáliz sabroso,
cuando es más fuerte y brioso,
la muerte sus dichas huella
sus venturas atropella;
y yo que infeliz soy,
yo que buscándola voy,
no puedo encontrar con ella.
¿Mas cómo la he de obtener,
¡desventurado de mí!,
pues cuando infeliz nací,
nací para envejecer?
Si aquél día de placer
(que uno sólo he disfrutado)
fortuna hubiese fijado,
¡cuán pronto muerte precoz
con su guadaña feroz
mi cuello hubiera segado!
Para engalanar mi frente,
allá en la abrasada zona,
con la espléndida corona
del imperio de Occidente,
amor y ambición ardiente
me engendraron de concierto;
pero con tal desacierto,
con tan contraria fortuna,
que una cárcel fué mi cuna,
y fué mi escuela el desierto.
Entre bárbaros crecí,
y en la edad de la razón,
a cumplir la obligación
que un hijo tiene, acudí:
mi nombre ocultando fuí
(que es un crimen) a salvar
la vida, y así pagar
a los que a mí me la dieron.
Que un trono soñando vieron
y un cadalso al despertar.
Entonces risueño un día,
uno sólo, nada más,
me dió el destino; quizás
con intención más impía.
Así en la cárcel sombría

mete una luz el sayón,
con la tirana intención
de que un punto el preso vea
el horror que lo rodea
en su espantosa mansión.
¡Sevilla!!! ¡Guadalquivir!!!
¡Cuál atormentáis mi mente...!
Noche en que vi de repente
mis breves dichas huir!
¡Oh qué carga es el vivir...!
¡Cielos, saciad el furor...!
Socórreme, mi Leonor,
gala del suelo andaluz,
que ya eres angel de luz
junto al trono del Señor.
Mírame desde tu altura
sin nombre en extraña tierra,
empeñado en una guerra
por ganar mi sepultura.
¿Qué me importa, por ventura,
que triunfe Carlos o no?
¿Qué tengo de Italia en pro?
¿Qué tengo? ¡Terrible suerte!
Que en ella reina la muerte,
y a la muerte busco yo.
¡Cuánto, oh Dios, cuánto se engaña
el que elogia mi ardor ciego,
viéndome siempre en el fuego
de esta extranjera campaña!
Llámanme la prez de España,
y no saben que mi ardor
sólo es falta de valor,
pues busco ansioso el morir
por no osar el resistir
de los astros el furor.
Si el mundo colma de honores
al que mata a su enemigo,
el que lo lleva consigo
¿Por qué no puede...?

(Oyese ruido de espadas.)

D. CARLOS. *(Dentro.)*

¡Traidores!!!

VOCES. (*Dentro.*)
¡Muera!

D. CARLOS. (*Dentro.*)
¡Viles!

D. ALVARO. (*Sorprendido.*)
¡Qué clamores!

D. CARLOS. (*Dentro.*)
¡Socorro!!!

D. ALVARO. (*Desenvainando la espada.*)
Dárselo quiero,
que oigo crujir el acero;
y si a los peligros voy
porque desgraciado soy,
también voy por caballero.
(*Entrase; suena ruido de espadas; atraviesan dos hombres la escena como fugitivos, y vuelven a salir don Alvaro y don Carlos.*)

ESCENA IV

DON ALVARO y DON CARLOS, con las espadas desnudas.

D. ALVARO. Huyeron... ¿Estáis herido?

D. CARLOS. Mil gracias os doy, señor;
sin vuestro heroíco valor
de cierto estaba perdido;
y no fuera maravilla:
eran siete contra mí,
y cuando grité, me vi
en tierra ya una rodilla.

D. ALVARO. ¿Y herido estáis?

D. CARLOS. (*Reconociéndose.*)
Nada siento.
(*Envainan.*)

D. ALVARO. ¿Quiénes eran?

D. CARLOS. Asesinos.

D. ALVARO. ¿Cómo osaron tan vecinos
de un militar campamento...?

D. CARLOS. Os lo diré francamente:
fué contienda sobre el juego.
Entré sin pensarlo, ciego,
en un casuco indecente...

D. ALVARO. Ya caigo, aquí, a mano diestra...
D. CARLOS. Sí.
D. ALVARO. Que extrañe perdonad,
que un hombre de calidad,
cual vuestro esfuerzo demuestra,
entrara en tal gazapón,
donde sólo va la hez,
la canalla más soez,
de la milicia borrón.
D. CARLOS. Sólo el ser recién llegado
puede, señor, disculparme;
vinieron a convidarme,
y accedí desalumbrado.
D. ALVARO. ¿Conque há poco estáis aquí?
D. CARLOS. Diez días há que llegué
a Italia; dos sólo que
al cuartel general fuí.
Y esta tarde al campamento
con comisión especial
llegué de mi general,
para el reconocimiento
de mañana. Y si no fuera
por vuestra espada y favor,
mi carrera sin honor
ya estuviera terminada.
Mi gratitud sepa, pues,
a quién la vida he debido,
porque el ser agradecido
la obligación mayor es
para el hombre bien nacido.
D. ALVARO. *(Con indiferencia.)*
Al acaso.
D. CARLOS. *(Con expresión.)*
Que me déis
vuestro nombre a suplicaros
me atrevo. Y para obligaros,
primero el mío sabréis.
Siento no decir verdad: *(Aparte.)*
soy don Félix de Avendaña,
que he venido a esta campaña
sólo por curiosidad.
Soy teniente coronel,

y del general Briones
ayudante; relaciones
tengo de sangre con él.

D. ALVARO. (*Aparte.*)
¡Qué franco es y qué expresivo!;
me cautiva el corazón.

D. CARLOS. Me parece que es razón
que sepa yo por quién vivo,
pues la gratitud es ley.

D. ALVARO. Soy... don Fadrique de Herreros,
capitán de granaderos
del regimiento del Rey.

D. CARLOS. (*Con grande admiración y entusiasmo.*)
¿Sois..., ¡grande dicha es la mía!,
del Ejército español
la gloria, el radiante sol
de la hispana valentía?

D. ALVARO. Señor...

D. CARLOS. Desde que llegué
a Italia, sólo elogiaros
y prez de España llamaros
por donde quiera escuché.
Y de español tan valiente
anhelaba la amistad.

D. ALVARO. Con ella, señor, contad,
que me honráis muy altamente.
Y según os he encontrado
contra tantos combatiendo
bizarramente, comprendo
que seréis muy buen soldado.
Y la gran cortesanía
que en vuestro trato mostráis,
dice a voces que gozáis
de aventajada hidalguía.
(*Empieza a amanecer.*)
Venid, pues, a descansar
a mi tienda.

D. CARLOS. Tanto honor,
será muy corto, señor,
que el alba empieza a asomar.
(*Se oye a lo lejos tocar generala a las bandas de tambores.*)

D. ALVARO. Y por todo el campamento,
de los tambores el son
convoca a la formación.
Me voy a mi regimiento.

D. CARLOS. Yo también, y a vuestro lado
asistiré en la pelea,
donde os admire y os vea
como a mi ejemplo y dechado.

D. ALVARO. Favorecedor y amigo,
si sois cual cortés valiente,
yo de vuestro arrojo ardiente
seré envidioso testigo. (*Vanse.*)

ESCENA V

El teatro representa un risueño campo de Italia, al amanecer; se verá a lo lejos el pueblo de Veletri y varios puestos militares; algunos cuerpos de tropa cruzan la escena, y luego sale una compañía de infantería con el CAPITAN, el TENIENTE y el SUBTENIENTE; DON CARLOS sale a caballo con un ordenanza detrás y coloca la compañía a un lado, avanzando una guerrilla al fondo del teatro.

D. CARLOS. Señor capitán, permaneceréis aquí hasta nueva orden; pero si los enemigos arrollan las guerrilla y se dirigen a esa altura donde está la compañía de Cantabria, marchad a socorrerla a todo trance.

CAPITÁN. Está bien: cumpliré con mi obligación. (*Vase don Carlos.*)

ESCENA VI

CAPITÁN. Granaderos, en su lugar, descanso. Parece que lo entiende este ayudante. (*Salen los oficiales de las filas y se reunen, mirando con un anteojo hacia donde suena rumor de fusilería.*)

TENIENTE. Se va galopando al fuego como un energúmeno y la acción se empeña más y más.

SUBTENIENTE. Y me parece que ha de ser muy caliente.

CAPITÁN. (*Mirando con el anteojo.*) Bien combaten los granaderos del Rey.

TENIENTE. Como que llevan a la cabeza a la prez de España, al valiente don Fadrique de Herreros, que pelea como un desesperado.

SUBTENIENTE. (*Tomando el anteojo y mirando con él.*) Pues los alemanes cargan a la bayoneta y con brío; adiós, que nos desalojan de aquel puesto. (*Se aumenta el tiroteo.*)

CAPITÁN. (*Toma el anteojo.*) A ver, a ver... ¡Ay! Si no me engaño, el capitán de granaderos del Rey ha caído o muerto o herido; lo veo claro, muy claro.

TENIENTE. Yo distingo que se arremolina la compañía... y creo que retrocede.

SOLDADOS. ¡A ellos, a ellos!

CAPITÁN. Silencio. Firmes. (*Vuelve a mirar con el anteojo.*) Las guerrillas también retroceden.

SUBTENIENTE. Uno corre a caballo hacia allá.

CAPITÁN. Sí, es el ayudante... Está reuniendo la gente y carga... ¡con qué demuedo...! Nuestro es el día.

TENIENTE. Sí, veo huir a los alemanes.

SOLDADOS. ¡A ellos!

CAPITÁN. Firmes, granaderos. (*Mira con el anteojo.*) El ayudante ha recobrado el puesto, la compañía del Rey carga a la bayoneta y lo arrolla todo.

TENIENTE. A ver. a ver. (*Toma el anteojo y mira.*) Sí, cierto. Y el ayudante se apea del caballo y retira en sus brazos al capitán don Fadrique. No debe de estar más que herido; se lo llevan hacia Veletri.

TODOS. Dios nos le conserve, que es la flor del Ejército.

CAPITÁN. Pero por este lado no va tan bien. Teniente, vaya usted a reforzar, con la mitad de la compañía, las guerrillas que están en esa cañada; que yo voy a acercarme a la compañía de Cantabria; vamos, vamos.

SOLDADOS. ¡Viva España! ¡Viva España! ¡Viva Nápoles! (*Marchan.*)

ESCENA VII

El teatro representa el alojamiento de un oficial superior; al frente estará la puerta de la alcoba practicable y con cortinas. Entra DON ALVARO herido y desmayado en una camilla, llevada por cuatro granaderos, el CIRUJANO a un lado y DON CARLOS a otro, lleno de polvo y como muy cansado; un soldado traerá la maleta de DON ALVARO y la pondrá sobre una mesa; colocarán la camilla enmedio de la escena, mientras los granaderos entran en la alcoba a hacer la cama.

D. CARLOS. Con mucho, mucho cuidado,
dejadle aquí, y al momento
entrad a arreglar mi cama.
(*Vanse a la alcoba dos de los soldados y quedan otros dos.*)

CIRUJANO. Y que haya mucho silencio.

D. ALVARO. (*Volviendo en si.*)
¿Dónde estoy? ¿Dónde?

D. CARLOS. (*Con mucho cariño.*)
En Veletri,
a mi lado, amigo excelso.
Nuestra ha sido la victoria,
tranquilo estad.

D. ALVARO. ¡Dios eterno!
¡Con salvarme de la muerte,
qué gran daño me habéis hecho!

D. CARLOS. No digáis tal, don Fadrique,
cuando tan vano me encuentro
de que salvaros la vida
me haya concedido el cielo.

D. ALVARO. ¡Ay, don Félix de Avendaña,
qué grande mal me habéis hecho!
(*Se desmaya.*)

CIRUJANO. Otra vez se ha desmayado:
agua y vinagre.

D. CARLOS. (*A uno de los soldados.*)
Al momento.
¿Está de mucho peligro? (*Al cirujano.*)

CIRUJANO. Este balazo del pecho,
en donde aún tiene la bala,
me da muchísimo miedo;
lo que es las otras heridas
no presentan tanto riesgo.

D. CARLOS. *(Con gran vehemencia.)*
Salvad su vida, salvadle;
apurad todos los medios
del arte, y os aseguro
tal galardón...

CIRUJANO. Lo agradezco:
para cumplir con mi oficio
no necesito de cebo;
que en salvar a este valiente
interés muy grande tengo.

(Entra el soldado con un vaso de agua y vinagre. El cirujano le rocía el rostro y le aplica un pomito a las narices.)

D. ALVARO. *(Vuelve en sí.)*
¡Ay!

D. CARLOS. Animo, noble amigo,
cobrad ánimo y aliento:
pronto, muy pronto curado
y restablecido y bueno,
volveréis a ser la gloria,
el norte de los guerreros.
Y a vuestras altas hazañas
el Rey dará todo el premio
que merece. Sí, muy pronto,
lozano otra vez, cubierto
de palmas inmarchitables
y de laureles eternos,
con una rica encomienda
se adornará vuestro pecho
de Santiago o Calatrava.

D. ALVARO. *(Muy agitado.)*
¿Qué escucho? ¿Qué? ¡Santo cielo!
¡Ah...! no, no de Calatrava:
Jamás, jamás... ¡Dios eterno!

CIRUJANO. Ya otra vez se desmayó:
sin quietud y sin silencio
no habrá forma de curarlo.
Que no le habléis más os ruego.

(A don Carlos. Vuelve a darle agua y a aplicarle el pomito a las narices.)

D. CARLOS. *(Suspenso aparte.)*
El nombre de Calatrava

¿qué tendrá, qué tendrá... tiemblo,
de terrible a sus oídos...?

CIRUJANO. No puedo esperar más tiempo.
¿Aún no está lista la cama?

D. CARLOS. (*Mirando a la alcoba.*)
Ya lo está. (*Salen los dos soldados.*)

CIRUJANO. (*A los cuatro soldados.*)
Llevadle luego.

D. ALVARO. ¡Ay de mí! (*Volviendo en sí.*)

CIRUJANO. Llevadle.

D. ALVARO. (*Haciendo esfuerzos.*)
Esperen.
Poco, por lo que en mí siento,
me queda ya de este mundo,
y en el otro pensar debo.
Mas antes de desprenderme
de la vida, de un gran peso
quiero descargarme. Amigo,
(*A don Carlos.*)
un favor tan sólo anhelo.

CIRUJANO. Si habláis, señor, no es posible...

D. ALVARO. No volver a hablar prometo.
Pero sólo una palabra,
y a él solo, que decir tengo.

D. CARLOS. (*Al cirujano y soldados.*)
Apartad, démosle gusto;
dejadnos por un momento.
(*Se retira el cirujano y los asistentes a un lado.*)

D. ALVARO. Don Félix, vos solo, solo, (*Dale la mano.*)
cumpliréis con lo que quiero
de vos exigir. Juradme
por la fé de caballero
que haréis cuanto aquí os encargue,
con inviolable secreto.

D. CARLOS. Yo os lo juro, amigo mío;
acabad, pues.
(*Hace un esfuerzo don Alvaro como para meter la mano en el bolsillo y no puede.*)

D. ALVARO. ¡Ah...!, no puedo.
meted en este bolsillo,
que tengo aquí al lado izquierdo
sobre el corazón, la mano.

(*Lo hace don Carlos.*)
¿Halláis algo en él?

D. CARLOS. Sí, encuentro
una llavecita...

D. ALVARO. Es esa.
(*Saca don Carlos la llave.*)
Con ella abrid, yo os lo ruego,
a solas y sin testigos,
una caja que en el centro
hallaréis de mi maleta.
En ella, con sobre y sello,
un legajo hay de papeles;
custodiadlos con esmero,
y al momento que yo expire
los daréis, amigo, al fuego.

D. CARLOS. ¿Sin abrirlos?

D. ALVARO. (*Muy agitado.*)
Sin abrirlos,
que en ellos hay un misterio
impenetrable... ¿Palabra
me dáis, don Félix, de hacerlo?

D. CARLOS. Yo os la doy con toda el alma.

D. ALVARO. Entonces tranquilo muero.
Dadme el postrimer abrazo,
y ¡adiós, adiós!

CIRUJANO. (*Enfadado.*)
Al momento
a la alcoba. Y vos, don Félix,
si es que tenéis tanto empeño
en que su vida se salve,
haced que guarde silencio:
y excusad también que os vea,
pues se conmueve en extremo.
(*Llévanse los soldados la camilla; entra también el cirujano, y don Carlos queda pensativo y lloroso.*)

ESCENA VIII

D. CARLOS. ¿Ha de morir... ¡qué rigor!
tan bizarro militar?
Si no lo puedo salvar

será eterno mi dolor.
Puesto que él me salvó a mí,
y desde el momento aquel
que guardó mi vida él,
guardar la suya ofrecí. (*Pausa.*)
Nunca vi tanta destreza
en las armas, y jamás
otra persona de más
arrogancia y gentileza.
Pero es hombre singular;
y en el corto tiempo que
le trato, rasgos noté
que son dignos de extrañar. (*Pausa.*)
¿Y de Calatrava el nombre
por qué así le horrorizó
cuando pronunciarlo oyó...?
¿Qué hallará en él que le asombre?
¡Sabrá que está deshonrado...!
Será un hidalgo andaluz...
¡Cielos...! ¡Qué rayo de luz
sobre mí habéis derramado
en este momento...! Sí.
¿Podrá ser éste el traidor,
de mi sangre deshonor,
el que a buscar vine aquí?
(*Furioso y empuñando la espada.*)
¿Y aún respira...? No, ahora mismo
a mis manos...
(*Corre hacia la alcoba y se detiene.*)
¿Dónde estoy...?
¿Ciego a despeñarme voy
de la infamia en el abismo?
¿A quien mi vida salvó,
y que moribundo está,
matar inerme podrá
un caballero cual yo? (*Pausa.*)
¿No puede falsa salir
mi sospecha...? Sí... ¿Quién sabe...?
Pero ¡cielos! esta llave
todo me lo va a decir.
(*Se acerca a la maleta, la abre precipitado y saca la caja, poniéndola sobre la mesa.*)

Salid, caja misteriosa,
del destino urna fatal,
a quien con sudor mortal
toca mi mano medrosa:
me impide abrirte el temblor
que me causa el recelar
si en tu centro voy a hallar
los pedazos de mi honor.
(*Resuelto y abriendo.*)
Mas no, que en tí mi esperanza,
la luz que me da el destino,
está para hallar camino
que me lleve a la venganza.
(*Abre y saca un legajo sellado.*)
Ya el legajo tengo aquí.
¿Qué tardo el sello en romper...?
(*Se contiene.*)
¡Oh cielos! ¡Qué voy a hacer!
¿Y la palabra que dí?
¿Mas si la suerte me da
tan inesperado medio
de dar a mi honor remedio,
el perderlo qué será?
Si a Italia sólo he venido
a buscar al matador
de mi padre y de mi honor,
con nombre y porte fingido,
¿qué importa que el pliego abra,
si lo que vine a buscar
a Italia voy a encontrar...?
Pero no, dí mi palabra.
Nadie, nadie aquí lo ve...
¡Cielos!, lo estoy viendo yo.
Mas si él mi vida salvó,
también la suya salvé.
Y si es el infame indiano,
el seductor asesino,
¿no es bueno cualquier camino
por donde venga a mi mano?
Rompo esta cubierta, sí,
pues nadie lo ha de saber...
Mas, ¡cielos!, ¿qué voy a hacer?

¿Y la palabra que dí?
(*Suelta el legajo.*)
No, jamás. ¡Cuán fácilmente
nos pinta nuestra pasión
una infame y vil acción
como acción indiferente!
A Italia vine anhelando
mi honor manchado lavar;
¿y mi empresa ha de empezar
el honor amancillando?
Queda, oh secreto, escondido,
si en este legajo estás;
que un medio infame, jamás
lo usa el hombre bien nacido.
(*Registrando la maleta.*)
Si encontrar aquí pudiera
algún otro abierto indicio
que, sin hacer perjuicio
a mi opinión, me advirtiera...
(*Sorprendido.*)
¡Cielos...!, lo hay... esta cajilla,
(*Saca una cajita como de retrato.*)
que algún retrato contiene,
(*Reconociéndola.*)
ni sello ni sobre tiene,
tiene sólo una aldabilla.
Hasta sin ser indiscreto
reconocerla me es dado;
nada de ella me han hablado,
ni rompo ningún secreto.
Ábrola, pues, en buen hora,
aunque un basilisco vea,
aunque para el mundo sea
caja fatal de Pandora.
(*La abre, y exclama muy agitado.*)
¡Cielos...! no... no me engañé,
esta es mi hermana Leonor...
¿Para qué prueba mayor...?
Con la más clara encontré.
Ya está todo averiguado;
don Alvaro es el herido.
Brújula el retrato ha sido

que mi norte me ha marcado.
¿Y a la infame... me atribulo,
con él en Italia tiene...?
Descubrirlo me conviene
con astucia y disimulo.
¡Cuán feliz será mi suerte
si la venganza y castigo
sólo de un golpe consigo,
a los dos dando la muerte...!
Mas... ¡ah...! no me precipite
mi honra, ¡cielos!, ofendida.
Guardad a este hombre la vida
para que yo se la quite.

(Vuelve a colocar los papeles y el retrato en la maleta. Se oye ruido, y queda suspenso.)

ESCENA IX

El CIRUJANO, que sale muy contento.

CIRUJANO. Albricias pediros quiero;
ya le he sacado la bala,
(Se la enseña.)
y no es la herida tan mala
cual me pareció primero.

D. CARLOS. *(Le abraza fuera de sí.)*
¿De veras...? Feliz me hacéis:
por ver bueno al capitán,
tengo, amigo, más afan
del que imaginar podéis.

FIN DE LA JORNADA TERCERA

JORNADA CUARTA

LA ESCENA ES EN VELETRI

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una sala corta, de alojamiento militar.

DON ALVARO y DON CARLOS.

D. CARLOS. Hoy que vuestra cuarentena
dichosamente cumplís,
¿de salud, ,cómo os sentís?
¿Es completamente buena...?
¿Reliquia alguna notáis
de haber tanto padecido?
¿Del todo restablecido
y listo y fuerte os halláis?

D. ALVARO. Estoy como si tal cosa;
nunca tuve más salud,
y a vuestra solicitud
debo mi cura asombrosa.
Sois excelente enfermero;
ni una madre por un hijo
muestra un afán más prolijo,
tan gran cuidado y esmero.

D. CARLOS. En extremo interesante
me era la vida salvaros.

D. ALVARO. ¿Y con qué, amigo, pagaros
podré interés semejante?
Y aunque gran mal me habéis hecho
en salvar mi amarga vida,

será eterna y sin medida
la gratitud de mi pecho.

D. CARLOS. ¿Y estáis tan repuesto y fuerte
que sin ventaja pudiera
un enemigo cualquiera...?

D. ALVARO. Estoy, amigo, de suerte
que en casa del coronel
he estado ya a presentarme,
y de alta acabo de darme
ahora mismo en el cuartel.

D. CARLOS. ¿De veras?

D. ALVARO. ¿Os enojáis
porque ayer no os dije acaso
que iba hoy a dar este paso?
Como tanto me cuidáis,
que os opusiérais temí;
y estando sano, en verdad,
vivir en la ociosidad
no era honroso para mí.

D. CARLOS. ¿Conque ya no os duele nada,
ni hay asomo de flaqueza
en el pecho, en la cabeza,
ni en el brazo de la espada?

D. ALVARO. No... Pero parece que
algo, amigo, os atormenta,
y que acaso os descontenta
el que yo tan bueno esté.

D. CARLOS. ¡Al contrario...! Al veros bueno,
capaz de entrar en acción,
palpita mi corazón
del placer más alto lleno.
Solamente no quisiera
que os engañara el valor,
y que el personal vigor
en una ocasión cualquiera...

D. ALVARO. ¿Queréis pruebas?

D. CARLOS. (*Con vehemencia.*)
Las deseo.

D. ALVARO. A la descubierta vamos
de mañana, y enredamos
un rato de tiroteo.

D. CARLOS. La prueba se puede hacer,

pues que estáis fuerte, sin ir
tan lejos a combatir,
que no hay tiempo que perder.

D. ALVARO. (*Confuso.*)
No os entiendo...

D. CARLOS. ¿No tendréis,
sin ir a los imperiales,
enemigos personales
con quien probaros podréis?

D. ALVARO. ¿A quién le faltan...? Mas no
lo que me decís comprendo.

D. CARLOS. Os lo está a voces diciendo
más la conciencia que yo.
Disimular fuera en vano...
Vuestra turbación es harta...
¿Habéis recibido carta
de don Alvaro el indiano?

D. ALVARO. (*Fuera de sí.*)
¡Ah, traidor...! ¡Ah, fementido...!
Violaste infame un secreto,
que yo débil, yo indiscreto,
moribundo..., inadvertido...

D. CARLOS. ¿Qué osáis pensar...? Respeté
vuestros papeles sellados,
que los que nacen honrados
se portan cual me porté.
El retrato de la infame,
vuestra cómplice, os perdió,
y sin lengua me pidió
que el suyo y mi honor reclame.
Don Carlos de Vargas soy,
que por vuestro crimen es
de Calatrava marqués;
temblad, que ante vos estoy.

D. ALVARO. No sé temblar... Sorprendido,
sí me tenéis...

D. CARLOS. No lo extraño.

D. ALVARO. ¿Y usurpar con un engaño
mi amistad honrado ha sido?
¡Señor Marqués...!

D. CARLOS. De esta suerte
no me permito llamar,

que sólo he de titular
después de daros la muerte.

D. ALVARO. Aconteceros pudiera
sin el título morir.

D. CARLOS. Vamos pronto a combatir,
quedemos o dentro o fuera.
Vamos donde mi furor...

D. ALVARO. Vamos, pues, señor don Carlos,
que si nunca fuí a buscarlos,
no evito lances de honor.
Mas esperad, que en el alma
del que goza de hidalguía,
no es furia la valentía,
y ésta obra siempre con calma.
Sabéis que busco la muerte,
que los riesgos solicito.
Pero con vos necesito
comportarme de otra suerte;
y explicaros...

D. CARLOS. Es perder
tiempo toda explicación.

D. ALVARO. No os neguéis a la razón,
que suele funesto ser.
Pues trataron las estrellas
por raros modos de hacernos
amigos, ¿a qué oponernos
a lo que buscaron ellas?
Si nos quisieron unir
de mutuos y altos servicios
con los vínculos propicios,
no fué, no, para reñir.
Tal vez fué para enmendar
la desgracia inevitable
de que no fuí yo culpable.

D. CARLOS. ¿Y me la osáis recordar?

D. ALVARO. ¿Teméis que vuestro valor
se misminuya y se asombre,
si halla en su contrario un hombre
de nobleza y pundonor?

D. CARLOS. ¡Nobleza un aventurero!
¡Honor un desconocido!
¡Sin padre, sin apellido,

advenedizo, altanero...!

D. ALVARO. ¡Ay, que ese error a la muerte,
por más que lo evité yo,
a vuestro padre arrastró...!
No corráis la misma suerte.
Y que infundados agravios
e insultos no ofenden, muestra
el que está ociosa mi diestra
sin arrancaros los labios.
Si un secreto misterioso
romper hubiera podido,
¡oh...!, cuán diferente sido...

D. CARLOS. Guardadlo, no soy curioso.
Que sólo anhelo venganza
y sangre.

D. ALVARO. ¿Sangre...? La habrá.

D. CARLOS. Salgamos al campo ya.

D. ALVARO. Salgamos sin más tardanza.
(*Deteniéndose.*)
Mas, don Carlos... ¡Ah! ¿Podréis
sospecharme con razón
de falta de corazón?
No, no, que me conocéis.
Si el orgullo, principal
y tan poderoso agente
en las acciones del ente
que se dice racional,
sastisfecho tengo ahora,
esfuerzos no he de omitir
hasta aplacar conseguir
ese furor que os devora.
Pues mucho repugno yo
el desnudar el acero
con el hombre que primero
dulce amistad me inspiró.
Yo a vuestro padre no herí,
le hirió sólo su destino,
Y yo, a aquel angel divino,
ni seduje, ni perdí.
Ambos nos están mirando
desde el cielo; mi inocencia
ven, esa ciega demencia

que os agita, condenando.

D. CARLOS. (*Turbado.*)
Pues qué, ¿mi hermana...? ¿Leonor...?
(Que con vos aquí no está
lo tengo aclarado ya.)
¿Mas cuándo ha muerto...? ¡Oh furor!

D. ALVARO. Aquella noche terrible
llevándola yo a un convento,
exánime, y sin aliento,
se trabó un combate horrible
al salir del olivar
entre mis fieles criados
y los vuestros irritados,
y no la pude salvar.
Con tres heridas caí,
y un negro de puro fiel
(fidelidad bien cruel),
veloz me arrancó de allí,
falto de sangre y sentido;
tuve en Gelves larga cura,
con accesos de locura;
y apenas restablecido
ansioso empecé a indagar
de mi único bien la suerte,
y supe, ¡ay Dios!, que la muerte
en el obscuro olivar...

D. CARLOS. (*Resuelto*).
¡Basta, imprudente impostor!
¿Y os preciáis de caballero...?
¿Con embrollo tan grosero
queréis calmar mi furor?
Deponed tan necio engaño;
después del funesto día,
en Córdoba, con su tía,
mi hermana ha vivido un año.
Dos meses há que fuí yo
a buscarla, y no la hallé.
Pero de cierto indagué
que al verme llegar huyó.
Y el perseguirla he dejado,
porque sabiendo yo allí
que vos estábais aquí,
me llamó mayor cuidado.

D. ALVARO. *(Muy conmovido.)*
¡Don Carlos...! ¡Señor...! ¡Amigo!
¡Don Félix...! ¡ah...! tolerad
que el nombre que en amistad
tan tierna os unió conmigo,
use en esta situación.
¡Don Félix...! soy inocente;
bien lo podéis ver patente
en mi nueva agitación.
¡Don Félix...! ¡Don Félix...! ¡ah...!
¿Vive...? ¿vive...? ¡oh, justo Dios!

D. CARLOS. Vive; ¿y qué os importa a vos?
Muy pronto no vivirá.

D. ALVARO. Don Félix, mi amigo, sí.
pues que vive vuestra hermana,
la satisfacción es llana
que debéis tomar en mí.
A buscarla juntos vamos;
muy pronto la encontraremos,
y en santo nudo estrechemos
la amistad que nos juramos.
¡Oh, yo os ofrezco, yo os juro
que no os arrepentiréis
cuando a conocer lleguéis
mi origen excelso y puro.
Al primer grande español
no le cedo en jerarquía;
es más alta mi hidalguía
que el trono del mismo sol.

D. CARLOS. ¿Estáis, don Alvaro, loco?
¿Qué es lo que pensar osáis?
¿Qué proyectos abrigáis?
¿Me tenéis a mí en tan poco?
Ruge entre los dos un mar
de sangre... ¿Yo al matador
de mi padre y de mi honor
pudiera hermano llamar?
¡Oh afrenta! Aunque fuérais rey.
Ni la infame ha de vivir.
No, tras de vos va a morir,
que es de mi venganza ley.
Si a mí vos no me matáis,

al punto la buscaré,
y la misma espada que
con vuestra sangre tiñáis,
en su corazón...

D. ALVARO. Callad.
Callad... ¿delante de mí
osásteis...?

D. CARLOS. Lo juro, sí;
Lo juro...

D. ALVARO. ¿El qué...? Continuad.

D. CARLOS. La muerte de la malvada,
en cuanto acabe con vos.

D. ALVARO. Pues no será, vive Dios,
que tengo brazo y espada.
Vamos... Libertarla anhelo
de su verdugo. Salid.

D. CARLOS. A vuestra tumba venid.

D. ALVARO. Demandad perdón al cielo.

ESCENA II

El teatro representa la plaza principal de Veletri; a un lado y otro se ven tiendas y cafés; enmedio, puestos de frutas y verduras; al fondo, la guardia del Principal, y el centinela paseándose delante del armero; los oficiales, en grupos, a una parte y otra, y la gente del pueblo cruzando en todas direcciones. El TENIENTE, SUBTENIENTE y PEDRAZA se reunirán a un lado de la escena, mientras los OFICIALES 1.º, 2.º, 3.º y 4.º hablan entre sí, después de leer un edicto que está fijado en una esquina, y que llama la atención de todos.

OFICIAL 1.º El rey Carlos de Nápoles no se chancea; pena de muerte nada menos.

OFICIAL 2.º ¿Cómo pena de muerte?

OFICIAL 3.º Hablamos de la ley que se acaba de publicar, y que allí está para que nadie la ignore, sobre desafíos.

OFICIAL 2.º Ya, ciertamente es un poco dura.

OFICIAL 3.º Yo no se cómo un Rey tan valiente y joven puede ser tan severo contra los lances de honor.

OFICIAL 1.º Amigo, es que cada uno arrima el ascua a su sardina; y como siempre los desafíos suelen ser entre españoles y napolitanos, y éstos llevan lo peor, el rey, que al cabo es Rey de Nápoles...

OFICIAL 2.º No, esas son fanfarronadas; pues hasta ahora no han llevado siempre lo peor los napolitanos; acordáos del mayor Caraciolo, que despabiló a dos oficiales.

TODOS. Eso fué una casualidad.

OFICIAL 1.º Lo cierto es que la ley es dura; pena de muerte por batirse; pena de muerte por ser padrino; pena de muerte por llevar cartas; qué sé yo. Pues el primero que caiga...

OFICIAL 2.º No, no es tan rigurosa.

OFICIAL 1.º ¿Cómo no? Vean ustedes. Leamos otra vez. (*Se acercan a leer el edicto, y se adelantan en la escena los otros.*)

SUBTENIENTE. ¡Hermoso día!

TENIENTE. Hermosísimo. Pero pica mucho el sol.

PEDRAZA. Buen tiempo para hacer la guerra.

TENIENTE. Mejor es para los heridos convalecientes. Yo me siento hoy enteramente bueno de mi brazo.

SUBTENIENTE. También me parece que el valiente capitán de granaderos del Rey está enteramente restablecido. ¡Bien pronto se ha curado!

PEDRAZA. ¿Se ha dado ya de alta?

TENIENTE. Sí, esta mañana. Está como si tal cosa; un poco pálido, pero fuerte. Hace un rato que lo encontré; iba como hacia la Alameda a dar un paseo con su amigote el ayudante don Félix de Avendaña.

SUBTENIENTE. Bien puede estarle agradecido, pues además de haberlo sacado del campo de batalla, le ha salvado la vida con su prolija y esmerada asistencia.

TENIENTE. También puede dar gracias a la habilidad del doctor Pérez, que se ha acreditado de ser el mejor cirujano del Ejército.

SUBTENIENTE. Y no lo perderá; pues, según dicen, el ayudante, que es muy rico y generoso, le va a hacer un gran regalo.

PEDRAZA. Bien puede; pues según me ha dicho un sargento de mi compañía, andaluz, el tal don Félix está aquí con nombre supuesto, y es un Marqués riquísimo de Sevilla.

TODOS. ¿De veras? (*Se oye ruido, y se arremolinan todos mirando hacia el mismo lado.*)

TENIENTE. ¡Hola! ¿Qué alboroto es aquél?

SUBTENIENTE Veamos... Sin duda algún preso. Pero ¡Dios mío!, ¿qué veo?

PEDRAZA. ¿Qué es aquéllo?

TENIENTE. ¿Estoy soñando...? ¿No es el capitán de granaderos del Rey el que traen preso?

TODOS. No hay duda, es el valiente don Fadrique. (*Se agrupan todos sobre el primer bastidor de la derecha, por donde sale el capitán preboste* y *cuatro granaderos, y enmedio de ellos, preso, sin espada ni sombrero, Don Alvaro; y atravesando la escena, seguidos por la multitud, entran en el cuerpo de guardia, que está al fondo; mientras tanto, se desembaraza el teatro. Todos vuelven a la escena, menos Pedraza, que entra en el cuerpo de guardia.*)

TENIENTE. Pero, señor, ¿qué será esto? ¿Preso el militar más valiente, más exacto que tiene el Ejército?

SUBTENIENTE. Ciertamente es cosa muy rara.

TENIENTE. Vamos a averiguar...

SUBTENIENTE. Ya viene aquí Pedraza, que sale del cuerpo de guardia, y sabrá algo. Hola, Pedraza, ¿qué ha sido?

PEDRAZA. (*Señalando al edicto, y se reune más gente a los cuatro oficiales.*) Muy mala causa tiene. Desafío... El primero que quebranta la ley; desafío y muerte.

TODOS. ¡Cómo!!! ¿Y con quién?

PEDRAZA. ¡Caso extrañísimo! El desafío ha sido con el teniente coronel Avendaña.

TODOS. ¡Imposible...! ¡Con su amigo!

PEDRAZA. Muerto le deja de una estocada, ahí detrás del cuartel.

TODOS. ¡Muerto!

PEDRAZA. Muerto.

OFICIAL 1.º Me alegro, que era un botarate.

OFICIAL 2.º Un insultante.

TENIENTE. ¡Pues, señores, la ha hecho buena! Mucho me temo que va a estrenar aquella ley.

TODOS. ¡Qué horror!

SUBTENIENTE. Será una atrocidad. Debe haber alguna excepción a favor de oficial tan valiente y tan benemérito.

PEDRAZA. Sí, ya está fresco.

TENIENTE — El capitán Herreros es, con razón, el ídolo del Ejército. Y yo creo que el general y el coronel, y los jefes todos, tanto españoles como napolitanos, hablarán al Rey..., y tal vez...

SUBTENIENTE. — El Rey Carlos es tan testarudo..., y como este es el primer caso que ocurre, el mismo día que se ha publicado la ley... No hay esperanza. Esta noche misma se juntará el Consejo de guerra, y antes de tres días le arcabucean... ¿Pero sobre qué habrá sido el lance?

PEDRAZA. — Yo no sé, nada me han dicho. Lo que es el capitán tiene malas pulgas, y su amigote era un poco caliente de lengua.

OFLES. 1.º Y 4.º — Era un charlatán, un fanfarrón.

SUBTENIENTE. — En el café han entrado algunos oficiales del regimiento del Rey; sabrán sin duda todo el lance. Vamos a hablar con ellos.

TODOS. — Sí, vamos

ESCENA III

El teatro representa el cuarto de un oficial de guardia; se verá a un lado el tabladillo y el colchón, y en medio habrá una mesa y sillas de paja. Entran en la escena DON ALVARO y el CAPITAN.

CAPITÁN.
Como la mayor desgracia
juzgo, amigo y compañero,
el estar hoy de servicio
para ser alcaide vuestro.
Resignación, don Fadrique,
tomad una silla os ruego.
(*Se sienta don Alvaro.*)
Y mientas yo esté de guardia
no miréis este aposento
como prisión... Mas es fuerza,
pues orden precisa tengo,
que dos centinelas ponga
de vista...

D. ALVARO.
Yo os agradezco,
señor, tal cortesanía.
Cumplid, cumplid al momento
con lo que os tienen mandado,
y los centinelas luego

poned... Aunque más seguro
que de hombres y armas enmedio,
esta el oficial de honor
bajo su palabra... ¡Oh cielos!

(Coloca el capitán dos centinelas; un soldado entra luces, y se sientan el capitán y don Alvaro junto a la mesa.

¿Y en Veletri, qué se dice?
¿Mil necedades diversas
se esparcirán, procurando
explicar mi suerte adversa?

CAPITÁN. En Veletri, ciertamente,
no se habla de otra materia.
Y aunque de aquí separarme
no puedo, como está llena
toda la plaza de gente,
que gran interés demuestra
por vos, a algunos he hablado...

D. ÁLVARO. Y bien, ¿qué dicen?, ¿qué piensan?

CAPITÁN. La amistad íntima todos,
que os enlazaba, recuerdan,
con don Félix... Y las causas
que la hicieron tan estrecha,
y todos dicen...

D. ÁLVARO. Entiendo.
Que soy un monstruo, una fiera.
Que a la obligación más santa
he faltado. Que mi ciega
furia ha dado muerte a un hombre
a cuyo arrojo y nobleza
debí la vida en el campo;
y a cuya nimia asistencia
y esmero debí mi cura,
dentro de su casa mesma.
Al que como tierno hermano...
¡Cómo hermano...! ¡Suerte horrenda!
¿Como hermano...? ¡Debió serlo!
Yace convertido en tierra
por no serlo... ¡Y yo respiro!
¿Y aún el suelo me sustenta...
¡Ay! ¡ay de mí!

(*Se da una palmada en la frente, y queda en la mayor agitación.*)

CAPITÁN. Perdonadme
Si con mis noticias necias...

D. ALVARO Yo lo amaba... ¡Ah, cuál me aprieta
el corazón una mano
de hierro ardiente! La fuerza
me falta... ¡Oh, Dios! ¡Qué bizarro,
con qué noble gentileza
entre un diluvio de balas
se arrojó, viéndome en tierra,
a salvarme de la muerte!
¡Con cuánto afán y terneza
pasó las noches y días
sentado a mi cabecera! (*Pausa.*)

CAPITÁN. Anuló sin duda tales
servicios con un agravio.
Diz que era un poco altanero,
picajoso, temerario;
y un hombre cual vos...

D. ALVARO. No, amigo;
cuanto de él se diga es falso.
Era un digno caballero
de pensamientos muy altos.
Retóme con razón harta,
y yo también le he matado
con razón. Sí, si aún viviera,
fuéramos de nuevo al campo,
él a procurar mi muerte,
yo a esforzarme por matarlo.
O él o yo solo en el mundo.
Pero imposible en él ambos.

CAPITÁN. Calmáos, señor don Fadrique:
aún no estáis del todo bueno
de vuestras nobles heridas,
y que os pongáis malo temo.

D. ALVARO. ¿Por qué no quedé en el campo
de batalla como bueno?
Con honra acabado hubiera,
y ahora, oh Dios..., la muerte anhelo,
y la tendré... pero ¿cómo?
En un patíbulo horrendo,

por infractor de las leyes,
de horror o de burla objeto.

CAPITÁN. ¿Qué decís...? No hemos llegado,
señor, a tan duro extremo;
aún puede haber circunstancias
que justifiquen el duelo,
y entonces...

D. ALVARO. No, no hay ninguna.
Soy homicida, soy reo.

CAPITÁN. Mas según tengo entendido
(ahora de mi regimiento
me lo ha dicho el ayudante),
los generales, de acuerdo
con todos los coroneles,
han ido sin perder tiempo
a echarse a los piés del Rey,
que es benigno, aunque severo,
para pedirle...

D. ALVARO. (*Conmovido.*)
¿De veras?
Con el alma lo agradezco,
y el interés de los jefes
me honra y me confunde a un tiempo.
Pero ¿por qué han de empeñarse,
militares tan excelsos,
en que una excepción se haga
a mi favor de un decreto
sabio, de una ley tan justa,
a que yo falté el primero?
Sirva mi pronto castigo
para saludable ejemplo.
¡Muerte, es mi destino, muerte,
porque la muerte merezco,
porque es para mí la vida
baorrecible tormento!
Mas ¡ay de mí, sin ventura!
¿Cuál es la muerte que espero?
La del criminal, sin honra,
¡En un patíbulo...!! ¡Cielos!!!

(*Se oye un redoble.*)

ESCENA IV

LOS MISMOS y el SARGENTO

SARGENTO. Mi Capitán...
CAPITÁN. ¿Qué se ofrece?
SARGENTO. El Mayor...
CAPITÁN. Voy al momento. (*Vase.*)

ESCENA V

D. ALVARO. ¡Leonor! ¡Leonor! Si existes, desdichada,
¡oh, qué golpe te espera,
cuando la nueva fiera
te llegue adonde vives retirada,
de que la misma mano,
la mano ¡ay triste! mía,
que te privó de padre y de alegría,
acaba de privarte de un hermano!
No; te ha librado, sí, de un enemigo,
de un verdugo feroz, que por castigo
de que diste en tu pecho
acogida a mi amor, verlo deshecho,
y roto, y palpitante,
preparaba anhelante,
y con su brazo mismo,
de su venganza hundirte en el abismo.
¡Respira, sí, respira,
que libre estás de su tremenda ira. (*Pausa.*)
¡Ay de mí! Tú vivías,
y yo, lejos de ti, muerte buscaba,
y sin remedio las desgracias mías
despechado juzgaba;
mas tú vives, ¡mi cielo!,
y aún aguardo un instante de consuelo.
¿Y qué espero? ¡Infeliz! De sangre un río,
que yo no derramé, serpenteaba
entre los dos; mas ahora el brazo mío
en mar inmenso de tornarlo acaba.
¡Hora de maldición, aciaga hora

fué aquella en que te ví la vez primera
en el soberbio templo de Sevilla,
como un angel bajado de la esfera
en donde el trono del Eterno brilla!
¡Qué porvenir dichoso
vió mi imaginación por un momento,
que huyó tan presuroso
como al soplar de repentino viento
las torres de oro, y montes argentinos,
y colosos y fúlgidos follajes
que forman los celajes
en otoño a los rayos matutinos! (*Pausa.*)
¡Mas en qué espacio vago, en qué regiones
fantásticas! ¿Qué espero?
¡Dentro de breves horas,
lejos de las mundanas afecciones,
vanas y engañadoras,
iré de Dios al tribunal severo! (*Pausa.*)
¿Y mis padres...? Mis padres desdichados
aún yacen encerrados
en la prisión horrenda de un castillo...,
cuando con mis hazañas y proezas
pensaba restaurar su nombre y brillo
y rescatar sus míseras cabezas.
No me espera más suerte
que, como criminal, infame muerte.
(*Queda sumergido en el despecho.*)

ESCENA VI

DON ALVARO y el CAPITAN

CAPITÁN. ¡Hola, amigo y compañero...!
D. ALVARO. ¿Vais a darme alguna nueva?
¿Para cuando convocado
está el Consejo de guerra?
CAPITÁN. Dicen que esta noche misma
debe reunirse a gran priesa...
De hierro, de hierro tiene
el rey Carlos la cabeza.

D. ALVARO. ¡Es un valiente soldado!
¡Es un gran Rey!

CAPITÁN. Mas pudiera
no ser tan tenaz y duro;
pues nadie, nadie lo apea
en diciendo no.

D. ALVARO. En los reyes
la debilidad es mengua.

CAPITÁN. Los jefes y generales
que hoy en Veletri se encuentran,
han estado en cuerpo a verle
y a rogarle suspendiera
la ley en favor de un hombre
que tantos méritos cuenta...
Y todo sin fruto. Carlos,
aún más duro que una peña,
ha dicho que no, resuelto,
y que la ley se obedezca;
mandando que en esta noche
falle el Consejo de guerra.
Mas aún quedan esperanzas:
puede ser que el que fallo sea...

D. ALVARO. Según la ley. No hay remedio;
injusta otra cosa fuera.

D. ALVARO. Pero ¡qué pena tan dura,
tan extraña, tan violenta...!

D. ALVARO. La muerte. Como cristiano
la sufriré: no me aterra.
Dármela Dios no ha querido,
con honra y con fama eterna,
en el campo de batalla,
y me la da con afrenta
en un patíbulo infame...
Humilde la aguardo... Venga.

CAPITÁN. No será acaso... Aún veremos...
puede que se arme una gresca...
el Ejército os adora...
Su agitación es extrema,
y tal vez un alboroto...

D. ALVARO. Basta... ¿Qué decis? ¿Tal piensa
quien de militar blasona?
¿El Ejército pudiera

faltar a la disciplina,
ni yo deber mi cabeza
a una rebelión...? No, nunca;
que jamás, jamás suceda
tal desorden por mi causa.

CAPITÁN. ¡La ley es atroz, horrenda!

D. ALVARO. Yo la tengo por muy justa;
forzoso remediar era
un abuso...

(*Se oye un tambor y dos tiros.*)

CAPITÁN. ¿Qué?

D. ALVARO. ¿Escuchásteis?

CAPITÁN. El desorden ya comienza.

(*Se oye gran ruido; tiros, confusión y cañonazos, que van en aumento hasta el fin del acto.*)

ESCENA VII

Los mismos y el SARGENTO, que entra muy presuroso.

SARGENTO. ¡Los alemanes! ¡Los enemigos están en Veletri! ¡Estamos sorprendidos!

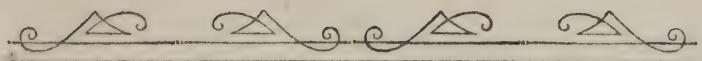
VOCES DENTRO. ¡A las armas! ¡A las armas! (*Sale el oficial un instante, se aumenta el ruido, y vuelve con la espada desnuda.*)

CAPITÁN. Don Fadrique, escapad; no puedo guardar más vuestra persona; andan los nuestros y los imperiales mezclados por las calles; arde el palacio del Rey; hay una confusión espantosa; tomad vuestro partido. Vamos, hijos, a abrirnos paso como valientes, o a morir como españoles. (*Vanse el Capitán, los centinelas y el Sargento.*)

ESCENA VIII

D. ALVARO. Dermie una espada; volaré a la muerte,
y si es vivir mi suerte,
y no la logro en tanto desconcierto,
yo os hago, eterno Dios, voto profundo
de renunciar al mundo
y de acabar mi vida en un desierto.

FIN DE LA JORNADA CUARTA



JORNADA QUINTA

LA ESCENA ES EN EL CONVENTO DE LOS ANGELES Y SUS ALREDEDORES

ESCENA PRIMERA

El teatro representa lo interior del claustro bajo del convento de los Angeles, que debe ser una galería mezquina, alrededor de un patiecillo con naranjos, adelfas y jazmines. A la izquierda se verá la portería; a la derecha la escalera. Debe de ser decoración corta, para que detrás estén las otras por su orden.—Aparecen el PADRE GUARDIAN paseándose gravemente por el proscenio y leyendo en su breviario; el HERMANO MELITÓN sin manto, arremangado, y repartiendo con un cucharón, de un gran caldero, la sopa, al VIEJO, al COJO, al MANCO a la MUJER y al grupo de pobres que estará apiñado en la portería.

HNO. MELITÓN. Vamos, silencio y orden, que no están en ningún figón.

MUJER. Padre, ¡a mí, a mí!

VIEJO. ¿Cuántas raciones quiere, Marica?

COJO. Ya le han dado tres, y no es regular...

HNO. MELITÓN. Callen, y sean humildes, que me duele la cabeza.

MANCO. Marica ha tomado tres raciones.

MUJER. Y aún voy a tomar cuatro, que tengo seis chiquillos.

HNO. MELITÓN. ¿Y por qué tiene seis chiquillos...? Sea su alma.

MUJER. Porque me los ha dado Dios.

HNO. MELITÓN. Sí... Dios... Dios... No los tendría si se pasara las noches, como yo, rezando el rosario, o dándose disciplina.

P. GUARDIÁN. (*Con gravedad.*) ¡Hermano Melitón...! ¡Hermano Melitón...! ¡Válgame Dios!

HNO. MELITÓN. Padre nuestro, si estos desarrapados tienen una fecundidad que asombra.

COJO. ¡A mí, padre Melitón, que tengo ahí fuera a mi madre baldada!

HNO. MELITÓN. ¡Hola...! ¿También ha venido hoy la bruja? Pues no nos falta nada.

P. GUARDIÁN. ¡Hermano Melitón...!

MUJER. Mis cuatro raciones.

MANCO. A mí antes.

VIEJO. A mí.

TODOS. A mí. A mí...

HNO. MELITÓN Váyanse nomarala, y tengan modo... ¿A que les doy con el cucharón...?

P. GUARDIÁN. ¡Caridad, hermano, caridad, que son hijos de Dios!

HNO. MELITÓN. (*Sofocado.*) Tomen, y váyanse...

MUJER. Cuando nos daba la guiropa el padre Rafael lo hacía con más modo y con más temor de Dios.

HNO. MELITÓN. Pues llamen al padre Rafael..., que no los pudo aguantar ni una semana.

VIEJO. Hermano, ¿me quiere dar otro poco de bazofia...?

HNO. MELITÓN. ¡Galopo ..! ¿Bazofía llama a la gracia de Dios...?

P. GUARDIÁN. Caridad y paciencia, hermano Melitón; harto trabajo tienen los pobrecitos.

HNO. MELITÓN. Quisiera yo ver a vuestra reverendísima lidiar con ellos un día, y otro, y otro.

COJO. El padre Rafael...

HNO. MELITÓN. No me jeringuen con el padre Rafael... y... tomen las arrebañaduras. (*Les reparte los restos del caldero, y lo hecha a rodar de una patada.*) Y a comerlo al sol.

MUJER. Si el padre Rafael quisiera bajar a decirle los Evangelios a mi niño, que tiene sisiones...

HNO. MELITÓN. Tráigalo mañana, cuando salga a decir misa el padre Rafael.

COJO. Si el padre Rafael quisiera venir a la villa, a curar a mi compañero, que se ha caído...

HNO. MELITÓN. Ahora no es hora de ir a hacer milagros; por la mañanita, por la mañanita, con la fresca.

MANCO. Si el padre Rafael...

HNO. MELITÓN. (*Fuera de sí.*) Ea, ea, fuera... Al sol... ¡Cómo cunde la semilla de los perdidos! Horrio... ¡afuera! (*Los va echando con el cucharon y cierra la portería, volviendo luego muy sofocado y cansado donde está el Guardián.*)

ESCENA II

EI PADRE GUARDIAN y el HERMANO MELITON

HNO. MELITÓN. No hay paciencia que baste, padre nuestro.

P. GUARDIÁN. Me parece, hermano Melitón, que no os ha dota-

do el Señor con gran cantidad de ella. Considere que en dar de comer a los pobres de Dios desempeña un ejercicio de que se honraría un angel.

HNO. MELITÓN. Yo quisiera ver a un angel en mi lugar siquiera tres días... Puede ser que de cada guantada...

P. GUARDIÁN. No diga disparates.

HNO. MELITÓN. Pues si es verdad. Yo lo hago con mucho gusto, eso es otra cosa. Y bendito sea el Señor, que nos da bastante para que nuestras sobras sirvan de sustento a los pobres. Pero es preciso enseñarles los dientes. Viene entre ellos mucho pillo... Los que están tullidos y viejos, vengan en hora buena, y les daré hasta mi ración, el día que no tenga mucha hambre; pero jastiales que pueden derribar a puñadas un castillo, váyanse a trabajar. Y hay algunos tan insolentes... Hasta llaman bazofia a la gracia de Dios... Lo mismo que restregarme siempre por los hocicos al padre Rafael; toma si nos daba más, daca si tenía mejor modo, torna si era más caritativo, vuelta si no metía tanta prisa. Pues a fe, a fe, que el bendito padre Rafael a los ocho días se hartó de pobres y de guiropa, y se metió en su celda, y aquí quedó el hermano Melitón. Y por cierto, no sé por qué esta canalla dice que tengo mal genio. Pues el padre Rafael también tiene su piedra en el rollo, y sus prontos y sus ratos de murria como cada cual.

P. GUARDIÁN. Basta, hermano, basta. El padre Rafael no podía, teniendo que cuidar del altar y que asistir al coro, entender en el repartimiento de la lismona, ni éste ha sido nunca encargo de un religioso antiguo, sino incumbencia del portero... ¿Me entiende...? Y, hermano Melitón, tenga más humildad y no se ofenda cuando prefieran al padre Rafael, que es un siervo de Dios a quien todos debemos imitar.

HNO. MELITÓN. Yo no me ofendo de que prefieran al padre Rafael. Lo que digo es que tiene su genio. Y a mí me quiere mucho, padre nuestro, y echamos nuestras manos de conversación. Pero tiene de cuando en cuando unas salidas, y se da unas palmadas en la frente... y habla solo, y hace visajes como si viera algún espíritu.

P. GUARDIÁN. Las penitencias, los ayunos...

HNO. MELITÓN. Tiene cosas muy raras. El otro día estaba cavando en la huerta, y tan pálido y tan desemejado, que le dije en broma: Padre, parece un mulato; y me echó una mirada, y cerró el puño, y aun lo enarboló de modo que parecía que me iba a tragar. Pero se contuvo, se echó la capucha y desapareció; digo, se marchó de allí a buen paso.

P. GUARDIÁN. Ya.

HNO. MELITÓN. Pues el día que fué a Hornachuelos a auxiliar al alcalde, cuando estaba en toda su furia aquella tormenta, en que nos cayó la centella sobre el campanario, al verlo yo salir sin cuidarse del aguacero ni de los truenos que hacían temblar estas montañas, le dije por broma que parecía entre los riscos un indio bravo, y me dió un berrido que me aturulló... Y como vino al convento de un modo tan raro, y nadie lo viene nunca a ver, ni sabemos dónde nació...

P. GUARDIÁN. Hermano, no haga juicios temerarios. Nada tiene de particular eso, ni el modo con que vino a esta casa el padre Rafael es tan raro como dice. El Padre limosnero, que venía de Palma, se lo encontró muy mal herido en los encinares de Escalona, junto al camino de Sevilla, víctima, sin duda, de los salteadores, que nunca faltan en semejante sitio, y lo trajo al convento, donde Dios, sin duda, le inspiró la vocación de tomar nuestro santo escapulario, como lo verificó en cuanto se vió restablecido, y pronto hará cuatro años. Esto no tiene nada de particular.

HNO. MELITÓN. Ya, eso sí... Pero, la verdad, siempre que lo miro me acuerdo de aquello que vuestra reverendísima nos ha contado muchas veces, y también se nos ha leído en el refectorio, de cuando se hizo fraile de nuestra orden el demonio, y que estuvo allá en un convento algunos meses. Y se me ocurre si el padre Rafael será alguna cosa así...; pues tiene unos repentes, una fuerza y un mirar de ojos...

P. GUARDIÁN. Es cierto, hermano mío; así consta de nuestras crónicas y está consignado en nuestros archivos. Pero además de que rara vez se repiten tales mi-

lagros, entonces el Guardián de aquel convento en que ocurrió el prodigio tuvo una revelación que le previno de todo. Y lo que es yo, hermano mío, no he tenido hasta ahora ninguna. Conque tranquilícese y no caiga en la tentación de sospechar del padre Rafael.

HNO. MELITÓN. Yo nada sospecho.

P. GUARDIÁN. Le aseguro que no he tenido revelación.

HNO. MELITÓN. Ya, pues entonces... Pero tiene muchas rarezas el padre Rafael.

P. GUARDIÁN. Los desengaños del mundo, las tribulaciones... Y luego el retiro con que vive, las continuas penitencias... (*Suena la campanilla de la portería.*) Vaya a ver quién llama.

HNO. MELITÓN. ¿A que son otra vez los pobres? Pues ya está limpio el caldero... (*Suena otra vez la campanilla.*) No hay más limosna; se acabó por hoy, se acabó. (*Suena otra vez la campanilla.*)

P. GUARDIÁN. Abra, hermano, abra la puerta. (*Vase. Abre el lego la portería.*)

ESCENA III

EL HERMANO MELITÓN y DON ALFONSO vestido de monte, que sale embozado.

D. ALFONSO. (*Con muy mal modo y sin desembozarse.*)
De esperar me he puesto cano.
¿Sois vos, por dicha, el portero?

HNO. MELITÓN. Tonto es este caballero. (*Aparte.*)
Pues que abrí la puerta es llano. (*Alto.*)
Y aunque de portero estoy
no me busque las cosquillas,
que padre de campanillas
con olor de santo soy.

D. ALFONSO. ¿El Padre Rafael está?
Tengo que verme con él.

HNO. MELITÓN. ¡Otro Padre Rafael! (*Aparte.*)
Amostazándome va.

D. ALFONSO. Responda pronto.

HNO. MELITÓN. (*Con miedo.*) Al momento.
Padres Rafaeles... hay dos.
¿Con cuál queréis hablar vos?

D. ALFONSO. Para mí mas que haya ciento.
El Padre Rafael... *(Muy enfadado.)*

HNO. MELITÓN. ¿El gordo?
¿El natural de Porcuna?
No os oirá cosa ninguna,
que es como una tapia sordo.
Y desde el pasado invierno
en la cama está tullido;
noventa años ha cumplido.
El otro es...

D. ALFONSO. El del infierno.

HNO. MELITÓN. Pues ahora caigo en quién es:
el alto, adusto, moreno,
ojos vivos, rostro lleno...

D. ALFONSO. Llevadme a su celda, pues.

HNO. MELITÓN. Daréle aviso primero,
porque si está en oración,
disturbarle no es razón...
Y ¿quién diré?

D. ALFONSO. Un caballero.

HNO. MELITÓN. *(Yéndose hacia la escalera muy lentamente, dice aparte.)*
¡Caramba...! ¡Qué raro gesto!
Me da malísima espina,
y me huele a chamusquina...

D. ALFONSO. *(Muy irritado.)*
¿Qué aguarda? Subamos presto.
(El Hermano se asusta y sube la escalera, y detrás de él don Alfonso.)

ESCENA IV

El teatro representa la celda de un franciscano. Una tarima con una estera a un lado; un vasar con una jarra y vasos; un estante con libros, estampas, disciplinas y cilicios colgados. Una especie de oratorio pobre, y en su mesa una calavera; DON ALVARO, vestido de fraile franciscano, aparece de rodillas en profunda oración mental

DON ALVARO y el HERMANO MELITON

HNO. MELITÓN. ¡Padre, Padre! *(Dentro.)*

D. ALVARO. *(Levantándose.)* ¿Qué se ofrece?
Entre, Hermano Melitón.

HNO. MELITÓN. Padre, aquí os busca un matón, *(Entra.)*
que muy ternejal parece.

D. ALVARO. (*Receloso.*)
¿Quién, hermano...? ¿A mí...? ¿Su nombre?
HNO. MELITÓN. Lo ignoro; muy altanero
dice que es un caballero,
y me parece un mal hombre.
Él muy bien portado viene;
y en un andaluz rocín;
pero un genio muy ruïn,
y un tono muy duro tiene.
D. ALVARO. Entre al momento quien sea.
HNO. MELITÓN. No es un pecador contrito.
Se quedará tamañito (*Aparte.*)
al instante que lo vea. (*Vase.*)

ESCENA V

D. ALVARO. ¿Quién podrá ser...? No lo acierto.
Nadie, en estos cuatro años,
que huyendo de los engaños
del mundo, habito el desierto,
con este sayal cubierto,
há mi quietud disturbado.
¿Y hoy un caballero osado
a mi celda se aproxima?
¿Me traerá nuevas de Lima?
¡Santo Dios...!, ¡qué he recordado!

ESCENA VI

DON ALVARO y DON ALFONSO, que entra sin desembozarse, reconoce en un momento la celda, y luego cierra la puerta por dentro y echa el pestillo.

D. ALFONSO. ¿Me conocéis?
D. ALVARO. No, señor.
D. ALFONSO. ¿No véis en mis ademanes
rasgo alguno que os recuerde
de otro tiempo y de otros males?
¿No palpita vuestro pecho,
no se hiela vuestra sangre,
no se anonada y confunde
vuestro corazón cobarde
con mi presencia... O, por dicha,
¿es tan sincero, es tan grande,

tal vuestro arrepentimiento,
que ya no se acuerda el Padre
Rafael de aquel indiano
don Alvaro, del constante
azote de una familia
que tanto en el mundo vale?
¿Tembláis y bajáis los ojos?
Alzadlos, pues, y miradme.
(Descubriéndose el rostro y mostrándoselo.)

D. ALVARO. ¡Oh, Dios...! ¡Qué veo...! ¡Dios mío!
¿Pueden mis ojos burlarme?
¡Del Marqués de Calatrava
viendo estoy la viva imagen!

D. ALFONSO. Basta, que está dicho todo.
De mi hermano y de mi padre
me está pidiendo venganza
en altas voces la sangre.
Cinco años há que recorro,
con dilatados viajes,
el mundo para buscaros;
y aunque ha sido todo en balde,
el cielo (que nunca impunes
deja las atrocidades
de un monstruo, de un asesino,
de un seductor, de un infame),
por un imprevisto acaso
quiso por fin indicarme
el asilo donde a salvo
de mi furor os juzgaste.
Fuera el mataros inerme
indigno de mi linaje.
Fuiste valiente, robusto,
aún estáis para un combate;
armas no tenéis, lo veo;
yo dos espadas iguales
traigo conmigo: son éstas;
(Se desemboza y saca dos espadas.)
elegid la que os agrade.

D. ALVARO. *(Con gran calma, pero sin orgullo.)*
Entiendo, joven, entiendo,
sin que escucharos me pasme,
porque he vivido en el mundo

y apurado sus afanes.
De los vanos pensamientos
que en este punto en vos arden,
también el juguete he sido;
quiera el Señor perdonarme.
Víctima de mis pasiones,
conozco todo el alcance
de su influjo, y compadezco
al mortal a quien combaten.
Mas ya sus borrascas miro,
como el náufrago que sale
por un milagro a la orilla,
y jamás torna a embarcarse.
Este sayal que me viste,
esta celda miserable,
este yermo, adonde acaso
Dios por vuestro bien os trae,
desengaños os presentan
para calmaros bastantes;
y más os responden mudos
que pueden labios mortales.
Aquí de mis muchas culpas,
que son, ¡ay de mí!, harto grandes,
pido a Dios misericordia;
que la consiga dejadme.

D. ALFONSO. ¿Dejaros...? ¿Quién...? ¿Yo dejaros
sin ver vuestra sangre impura
vertida por esta espada
que arde en mi mano desnuda?
Pues esta celda, el desierto,
ese sayo, esa capucha,
ni a un vil hipócrita guardan,
ni a un cobarde infame escudan

D. ALVARO. ¿Qué decís...? ¡Ah...! (*Furioso.*)
(*Reportándose.*) ¡No, Dios mío...!
En la garganta se anuda
mi lengua... ¡Señor...! esfuerzo
me dé vuestra santa ayuda.
Los insultos y amenazas (*Repuesto.*)
Que vuestros labios pronuncian,
no tienen para conmigo
poder ni fuerza ninguna.

Antes, como caballero,
supe vengar las injurias;
hoy, humilde religioso,
darles perdón y disculpa.
Pues véis cuál es ya mi estado,
y, si sois sagaz, la lucha
que conmigo estoy sufriendo,
templad vuestra saña injusta.
Respetad este vestido,
compadeced mis angustias,
y perdonad generoso
ofensas que están en duda.
(*Con gran conmoción.*)
¡Sí, hermano, hermano!

D. ALFONSO. ¿Qué nombre
osáis pronunciar...?

D. ALVARO. ¡Ah...!

D. ALFONSO. Una
sola hermana me dejásteis
perdida y sin honra... ¡Oh furia!

D. ALVARO. ¡Mi Leonor! ¡Ah! No sin honra,
un religioso os lo jura.
¡Leonor... ¡ay!, la que absorbía
toda mi existencia junta! (*En delirio.*)
La que en mi pecho por siempre...
Por siempre, sí, sí,.. que aún dura...
una pasión... Y qué, ¿vive?
¿Sabéis vos noticias suyas...?
Decid que me ama y matadme.
Decidme... ¡Oh, Dios...! ¿Me rehusa
(*Aterrado.*)
vuestra gracia sus auxilios?
¿De nuevo el triunfo asegura
el infierno, y se desploma
mi alma en su sima profunda?
¡Misericordia...! Y vos hombre
o ilusión, ¿sois, por ventura,
un tentador que renueva
mis criminales angustias
para perderme... ¡Dios mío!

D. ALFONSO. (*Resuelto.*)
De estas dos espadas, una

tomad, don Alvaro, luego;
tomad, que en vano procura
vuestra infame cobardía
darle treguas a mi furia.
Tomad...

D. ALVARO. (*Retirándose.*) No, que aún fortaleza
para resistir la lucha
de las mundanas pasiones
me da Dios con bondad suma.
¡Ah! Si mis remordimientos,
mis lágrimas, mis confusas
palabras no son bastante
para aplacaros; si escucha
mi arrepentimiento humilde
sin caridad vuestra furia,
(*Arrodillándose.*)
prosternado a vuestras plantas
vedme, cual persona alguna
jamás me vió...

D. ALFONSO. (*Con desprecio.*) Un caballero
no hace tal infamia nunca.
Quien sois bien claro publica
vuestra actitud, y la inmunda
mancha que hay en vuestro escudo.

D. ALVARO. (*Levantándose con furor.*)
¿Mancha...? y ¿cuál...? ¿cuál...?

D. ALFONSO. ¿Os asusta?

D. ALVARO. Mi escudo es como el sol, limpio
como el sol.

D. ALFONSO. ¿Y no lo anubla
ningún cuartel de mulato?,
¿de sangre mezclada, impura?

D. ALVARO. (*Fuera de sí.*)
¡Vos mentís, mentís, infame!
Venga el acero; mi furia
(*Toca el pomo de una de las espadas.*)
os arrancará la lengua,
que mi clara estirpe insulta.
Vamos.

D. ALFONSO. Vamos.

D. ALVARO. (*Reportándose.*) No... no triunfa
tampoco con esta industria

de mi constancia el infierno.
Retiráos, señor.

D. ALFONSO. (*Furioso.*) ¿Te burlas
de mí, inicuo? Pues cobarde
combatir conmigo excusas,
no excusarás mi venganza.
Me basta la afrenta tuya:
Toma. (*Le da una bofetada.*)

D. ALVARO. (*Furioso y recobrando toda su energía.*)
¿Qué hiciste...? ¡Insensato!!!
Ya tu sentencia es segura:
hora es de muerte, de muerte.
El infierno me confunda.
(*Salen ambos precipitados.*)

ESCENA VII

El teatro representa el mismo claustro bajo que en las primeras escenas de esta jornada. El HERMANO MELITÓN saldrá por un lado, y como bajando la escalera, DON ALVARO y DON ALFONSO, embozado en su capa, con gran precipitación.

HNO. MELITÓN. (*Saliendo al paso.*) ¿Adónde bueno?

D. ALVARO. (*Con voz terrible.*) Abra la puerta.

HNO. MELITÓN. La tarde está tempestuosa, va a llover a mares.

D. ALVARO. Abra la puerta.

HNO. MELITÓN. (*Yendo hacia la puerta.*) ¡Jesús! Hoy estamos de marea alta. Ya voy... ¿Quiere que le acompañe? ¿Hay algún enfermo de peligro en el cortijo...?

D. ALVARO. La puerta, pronto.

HNO. MELITÓN. (*Abriendo la puerta.*) ¿Va el padre a Hornachuelos?

D. ALVARO. (*Saliendo con don Alfonso.*) Voy al infierno.
(*Queda el hermano Melitón asustado.*)

ESCENA VIII

HNO. MELITÓN. ¡Al infierno...! ¡Buen viaje!
También que era del infierno
dijo, para mi gobierno,
aquel nuevo personaje.
¡Jesús, y qué caras tan...!
Me temo que mis sospechas
han de quedar satisfechas.
Voy a ver por dónde van.
(*Se acerca a la portería y dice como admirado:*)

¡Mi gran Padre San Francisco
me valga...! Van por la sierra,
sin tocar con el pie en tierra,
saltando de risco en risco.
Y el jaco los sigue en pos
como un perrillo faldero.
Calla..., hacia el despeñadero
de la ermita van los dos.
(Asomándose a la puerta con gran afán, a voces.)
¡Hola... hermanos... hola...! ¡Digo...!
No lleguen al paredón,
miren que hay excomunión.
Que Dios les va a dar castigo.
(Vuelve a la escena.)
No me oyen, vano es gritar.
Demonio son, es patente.
Con el santo penitente
sin duda van a cargar.
¡El Padre, el Padre Rafael..!
Si quien piensa mal, acierta.
Atrancaré bien la puerta...
Pues tengo un miedo cruel. *(Cierra la puerta)*
Un olorcillo han dejado
de azufre... Voy a tocar
las campanas.
(Vase por un lado, y luego vuelve por otro como con gran miedo.) Avisar
será mejor al prelado.
Sepa que en esta ocasión,
aunque refunfuñe luego,
no el Padre Guardián, el lego
tuvo la revelación. *(Vase.)*

ESCENA IX

El teatro representa un valle rodeado de riscos inaccesibles y de malezas, atravesado por un arroyuelo. Sobre un peñasco accesible con dificultad, y colocado al fondo habrá una medio gruta, medio ermita, con puerta practicable, y una campana que pueda sonar y tocarse desde dentro: el cielo representará el ponerse el sol de un día borrascoso; se irá obscureciendo lentamente la escena y aumentándose los truenos y relámpagos: DON ALVARO y DON ALFONSO salen por un lado.

D. ALFONSO. De aquí no hemos de pasar.
D. ALVARO. No, que tras de estos tapiales,

bien sin ser vistos, podemos
terminar nuestro combate.
Y aunque en hollar este sitio
cometo un crimen muy grande,
hoy es de crímenes día,
y todos han de apurarse.
De unos de los dos la tumba
se está abriendo en este instante.

D. ALFONSO. Pues no perdamos más tiempo,
y que las espadas hablen.

D. ALVARO. Vamos: mas antes es fuerza
que un gran secreto os declare,
pues que de uno de nosotros
es la muerte irrevocable:
y si yo caigo es forzoso
que sepáis en este trance
a quién habéis dado muerte,
que puede ser importante.

D. ALFONSO. Vuestro secreto no ignoro.
Y era el mejor de mis planes
(para la sed de venganza
saciar que en mis venas arde),
después de heriros de muerte
daros noticias tan grandes,
tan impensadas y alegres,
de tan feliz desenlace,
que el despecho de saberlas,
de la tumba en los umbrales,
cuando no hubiese remedio,
cuando todo fuera en balde,
el fin espantoso os diera
digno de vuestras maldades.

D. ALVARO. Hombre, fantasma o demonio,
que ha tomado humana carne
para hundirme en los infiernos,
para perderme... ¿qué sabes...?

D. ALFONSO. Corrí el Nuevo Mundo... ¿Tiemblas...?
Vengo de Lima .. esto baste.

D. ALVARO. No basta, que es imposible
que saber quién soy lograses.

D. ALFONSO. De aquel Virrey fementido
que (pensando aprovecharse

de los trastornos y guerras,
de los disturbios y males
que la sucesión al trono
trajo a España) formó planes
de tornar su virreinato
en imperio, y coronarse,
casando con la heredera
última de aquel linaje
de los Incas (que en lo antiguo,
del mar del Sur a los Andes
fueron los emperadores),
eres hijo. De tu padre
las traiciones descubiertas,
aun a tiempo de evitarse,
con su esposa, en cuyo seno
eras tú ya peso grave,
huyó a los montes, alzando
entre los indios salvajes
de traición y rebeldía
el sacrílego estandarte.
No los ayudó fortuna,
pues los condujo a la cárcel
de Lima, do tú naciste...

(Hace extremos de indignación y sorpresa don Alvaro.)

Oye... espera hasta que acabe.
El triunfo del rey Felipe
y su clemencia notable,
suspendieron la cuchilla
que ya amagaba a tus padres:
y en una prisión perpetua
convirtió el suplicio infame.
Tú entre los indios creciste,
como fiera te educaste,
y viniste ya mancebo
con oro y con favor grande,
a buscar completo indulto
para tus traidores padres.
Mas no, que viniste sólo
para asesinar cobarde,
para seducir inicuo,
y para que yo te mate.

D. ALVARO. (*Despechado.*)
Vamos a probarlo al punto.

D. ALFONSO. Ahora tienes que escucharme.
Que has de apurar, ¡vive el cielo!,
hasta las heces el cáliz.
Y si, por ser mi destino,
consiguieses el matarme,
quiero allá en tu aleve pecho
todo un infierno dejarte.
El Rey, benéfico, acaba
de perdonar a tus padres.
Ya están libres y repuestos
en honras y dignidades.
La gracia alcanzó tu tío,
que goza favor notable,
y andan todos tus parientes
afanados por buscarte
para que tenga heredero...

D. ALVARO. (*Muy turbado y fuera de sí.*)
Ya me habéis dicho bastante...
No sé dónde estoy, ¡oh cielos ..!
Si es cierto, sin son verdades
las noticias que dijisteis...
(*Enternecido y confuso.*)
¡todo puede repararse!
Si Leonor existe, todo.
¿Véis lo ilustre de mi sangre...?
¿Véis...?

D. ALFONSO Con sumo gozo veo
que estáis ciego y delirante.
¿Qué es reparación...? Del mundo
amor, gloria, dignidades
no son para vos... Los votos
religiosos e inmutables
que os ligan a este desierto,
esa capucha, ese traje,
capucha y traje que encubren
a un desertor, que al infame
suplicio escapó en Italia,
de todo incapaz os hacen.
Oye cuál truena indignado (*Truena.*)
contra ti el cielo... Esta tarde

completísimo es mi triunfo.
Un sol hermoso y radiante
te he descubierto, y de un soplo
luego he sabido apagarle.

D. ALVARO. (*Volviendo al furor.*)
¿Eres monstruo del infierno,
prodigio de atrocidades?

D. ALFONSO. Soy un hombre rencoroso
que tomar venganza sabe.
Y porque sea más completa,
te digo que no te jactes
de noble... eres un mestizo,
fruto de traiciones...

D. ALVARO. (*En el extremo de la desesperación.*)
Baste
¡Muerte y exterminio! ¡Muerte
para los dos! Yo matarme
sabré, en teniendo el consuelo
de beber tu inicua sangre.

(*Toma la espada, combaten y cae herido don Alfonso.*)

D. ALFONSO. Ya lo conseguiste... ¡Dios mío! ¡Confesión! Soy cristiano... Perdonadme... salva mi alma...

D. ALVARO. (*Suelta la espada y queda como petrificado.*) ¡Cielos...! ¡Dios mío...! ¡Santa madre de los Angeles...! ¡Mis manos tintas en sangre... en sangre de Vargas...!

D. ALFONSO. ¡Confesión! ¡Confesión...! Conozco mi crimen y me arrepiento... Salvad mi alma, vos que sois ministro del Señor...

D. ALVARO. (*Aterrado.*) ¡No, yo no soy más que un réprobo, presa infeliz del demonio! Mis palabras sacrílegas aumentarían vuestra condenación. Estoy manchado de sangre, estoy irregular... Pedid a Dios misericordia... Y... esperad... cerca vive un santo penitente... podrá absolveros... Pero está prohibido acercarse a su mansión... ¿Qué importa? Yo que he roto todos los vínculos, que he hollado todas las obligaciones...

D. ALFONSO. ¡Ah! Por caridad, por caridad...

D. ALVARO. Sí; voy a llamarlo... al punto...

D. ALFONSO — Apresuráos, padre... ¡Dios mío! (*Don Alvaro corre a la ermita y golpea la puerta.*)

D.ª LEONOR. — (*Dentro.*) ¿Quién se atreve a llamar a esta puerta? Respetad este asilo.

D. ALVARO. — Hermano, es necesario salvar un alma, socorrer a un moribundo; venid a darle el auxilio espiritual.

D.ª LEONOR. — (*Dentro.*) Imposible, no puedo, retiráos.

D. ALVARO. — Hermano, por el amor de Dios.

D.ª LEONOR. — (*Dentro.*) No, no, retiráos.

D. ALVARO. — Es indispensable, vamos. (*Golpea fuertemente la puerta.*)

D.ª LEONOR. — (*Dentro, tocando la campanilla.*) ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA X

Los mismos y DOÑA LEONOR, vestida con un saco, y esparcidos los cabellos, pálida y desfigurada, aparece a la puerta de la gruta, y se oye repicar a lo lejos las campanas del convento.

D.ª LEONOR. — Huid, temerario; temed la ira del cielo.

D. ALVARO. — (*Retrocediendo horrorizado por la montaña abajo.*) ¡Una mujer...! ¡Cielos...! ¡Qué acento...! ¡Es un espectro...! Imagen adorada... ¡Leonor! ¡Leonor!

D. ALFONSO. — (*Como queriéndose incorporar.*) ¡Leonor...! ¿Qué escucho? ¡Mi hermana!

D.ª LEONOR. — (*Corriendo detrás de Don Alvaro.*) ¡Dios mío! ¿Es don Alvaro...? conozco su voz... El es... ¡Don Alvaro!

D. ALFONSO. — ¡Oh furia! Ella es... ¡Estaba aquí con su seductor...! ¡Hipócrita...! ¡Leonor!!!

D.ª LEONOR. — ¡Cielos...! ¡Otra voz conocida...! Mas ¿qué veo...? (*Se precipita hacia donde ve a don Alfonso.*)

D. ALFONSO. — ¡Ves al último de tu infeliz familia!

D.ª LEONOR. — (*Precipitándose en brazos de su hermano.*) ¡Hermano mío...! ¡Alfonso!

D. ALFONSO. — (*Hace un esfuerzo, saca un puñal y hiere de muerte a Leonor.*) Toma, causa de tantos desastres, recibe el premio de tu deshonra... Muero vengado. (*Muere.*)

D. ALVARO. ¡Desdichado...! ¿Qué hiciste...? ¡Leonor! ¿Eras tú...? ¿Tan cerca de mí estabas...? ¡Ay! (*Se inclina hacia el cadáver de ella.*) Aún respira..., aún palpita aquel corazón todo mío... Angel de mi vida... vive, vive, yo te adoro... ¡Te hallé, por fin... sí, te hallé... muerta! (*Queda inmóvil.*)

ESCENA ÚLTIMA

Hay un rato de silencio; los truenos resuenan más fuertes que nunca, crecen los relámpagos, y se oye cantar a lo lejos el Miserere a la comunidad, que se acerca lentamente.

VOZ DENTRO. Aquí, aquí. ¡Qué horror! (*Don Alvaro vuelve en sí, y luego huye hacia la montaña. Sale el Padre Guardián con la comunidad, que queda asombrada.*)

P. GUARDIÁN. ¡Dios mío...! ¡Sangre derramada! ¡Cadáveres...! ¡La mujer penitente!

TODOS LOS FRAILES. ¡Una mujer...! ¡Cielos!

P. GUARDIÁN. ¡Padre Rafael!

D. ALVARO. (*Desde un risco, con sonrisa diabólica, todo convulso, dice:*) Busca, imbécil, al padre Rafael... Yo soy un enviado del infierno, soy el demonio exterminador... Huid, miserables.

TODOS. ¡Jesús, Jesús!

D. ALVARO Infierno, abre tu boca y trágame. Húndase el cielo, perezca la raza humana; exterminio, destrucción... (*Sube a lo más alto del monte y se precipita.*)

P. GUARDIÁN Y LOS FRAILES. (*Aterrados y en actitudes diversas.*) ¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia!

FIN DEL DRAMA.

Madrid, año de 1835.

Precio: 3,50 pesetas

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 100602793